

SANTIAGO EN EL OJO

ANTOLOGÍA DE RELATOS SOBRE SANTIAGO



SANTIAGO-ANDER EDITORIAL

Santiago en el ojo. Antología de relatos sobre Santiago, edición digital, es el resultado de la selección de los mejores textos de su versión original (libro físico, 2017) y del aporte de nuevos relatos que refrescan y actualizan esta entrega electrónica, de descarga gratuita para ustedes y con la cual inauguramos nuestra Colección Digit@l.

Los textos literarios tienen la capacidad de mostrarnos esos otros lugares. Nos hablan de nuestra manera de ver la ciudad, de convivir con ella y entre las personas, de nuestros miedos, fantasías, frustraciones y deseos; de nuestros fantasmas. Y ¿qué mejor manera de leer una ciudad que a través de un conjunto de textos diversos, de distintas miradas, estilos e intereses? En los relatos que seleccionamos para esta antología encontramos accidentes automovilísticos en Providencia, romances en el Metro, banalización televisiva, zombis que no lo son, crímenes, locura, enfermedad, cicatrices que nunca cierran, amores y amistades, a quienes comparan nuestra forma de ser con su lejana o cercana patria natal. Todo en un mismo espacio interconectado y fluyente: gritos de una ciudad que se niega a serlo.



COLECCIÓN DIGIT@L

© Santiago en el ojo

1ra Edición - Santiago de Chile, 2017 (Libro físico)

2da Edición - Santiago de Chile, 2020 (Libro electrónico)

Ilustración Portada: Gonzalo Aroca. Ig: Arts.xalo

EDITORIAL SANTIAGO-ANDER

Contacto editorial:

santiagoandereditorial@gmail.com

<https://santiagoander.wordpress.com>

Redes sociales:

<https://www.instagram.com/santiagoandereditorial>

<https://www.facebook.com/santiagoandereditorial>

<https://twitter.com/stgoandereditor>

Esta obra está licenciada bajo la Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional. Para ver una
copia de esta licencia, visite [http://creativecommons.org/licenses/by-
nc-nd/4.0/](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/).

VARIOS AUTORES

SANTIAGO
EN EL OJO

ANTOLOGÍA DE RELATOS SOBRE SANTIAGO

SANTIAGO-ANDER EDITORIAL
Colección Digit@l

Contenido

Hollywood en Santiago Valentina González	7
Los escapistas Francisco Schilling	12
A lo mejor Siena Hidalgo	18
¡Eliminado! Emilio Ramón	24
La Mort Nina Bendalliene	33
Fundirse con la niebla Francisco García Mendoza	37
Contra la estampida Paulina Correa	51
Extranjeros Rodrigo Torres Quezada	53
Tarde otra vez Vanessa Parada	61
El día del espiral Alejandro Rozas	65

Receta	73
Francisca Jeria Saavedra	
Velcro	76
Martín Sepúlveda	
Piel de oveja	85
Naty Lane	
Un eco del invierno	93
Felipe Marilao	
Historia de un danzón por avenida Los Leones	98
Maite Aravena	
Aclaración	102
Alejandro Stephens	
Se apagó	105
María José Encina Migone	
Santiago en 10 pavadas	109
Franklin Manrique	
Reseñas biográficas	114

Hollywood en Santiago

Valentina González

Para Nicolás, Santiago lo era todo. Apreciaba cada detalle de la ciudad: que la Torre Entel solo fuera protagonista en Año Nuevo, que el Mapocho estuviera siempre asqueroso y que los cruces en la Alameda con Ahumada parecieran una batalla cuerpo a cuerpo.

Sus amigos nunca lo entendieron. Desde el colegio tuvo que escuchar comentarios sobre su inusual gusto. Un día su vecino teorizó que solo le gustaba “Santiasco” porque no había conocido otras ciudades. Nicolás le dijo que se pudriera.

Siempre le molestó que menospreciaran la ciudad por ser “Santiago de Chile”. Nunca se tragó ese cuento de que acá hay mucho estrés y que la gente camina demasiado rápido como para tener conciencia de lo que hace. ¿Entonces por qué Nueva York y París no son repudiadas? ¿Es porque allá se filmaron películas románticas que enseñan a apreciarlas a pesar de su ritmo agitado? ¿Es porque una tiene el Times Square y la otra la Torre Eiffel?

—Pero, hueón, cuando sales del Metro Plaza de Maipú en la noche se ven unas pantallas grandes con publicidad, súper luminosas. Es igualito a estar en el Times. La dura — dijo Nicolás a un amigo en uno de sus tantos debates.

Cuando pensaba que nada le podía gustar más, la vio. La vio en la micro 117, camino a Providencia. Vio a Flavia. Flavia Garcés. Una joven de estatura media, ojos color miel, pelo castaño; vestía un chaleco gris dos tallas más grandes, unos jeans ajustados, botines negros y un bolso café que llevaba un parche estampado de los Red Hot Chili Peppers, la banda favorita de Nicolás.

Pensó que jamás se volverían a topar, pero al día siguiente la encontró en la misma micro, en el mismo asiento. Y también al día siguiente. Con el tiempo se fue dando cuenta de que siempre tenía cara de afligida y que miraba por la ventana intentando saber dónde bajarse. Le preguntaba a los pasajeros cosas que solo alguien que no es de Santiago preguntaría, pero nunca se dirigió a él. Nicolás pensó muchas veces en acercarse, pero le daba terror.

Un día no soportó más, se bajó en su mismo paradero y entró al Metro con ella, aunque estaba dos estaciones más allá de su destino. Tuvo que correr por las escaleras y pedir permiso como loco para alcanzarla. Llegó al andén, pero había mucha gente como para estar cerca de ella. Quedó junto a una señora que usaba un perfume que olía a antiguo, tal vez era de segunda mano o una mezcla de extractos de colonias. Metros más allá estaba Flavia, con el bolso de siempre, junto a unos pingüinos del Instituto Nacional. Cuando llegó el tren ninguno de los dos logró subir. Quedaron atrás de la línea amarilla, tal como lo indican los letreros y, casi por inercia, uno llegó al lado del otro.

—Te gustan los Red Hot...—le dijo Nicolás a Flavia, apuntando su bolso.

—Sí, mucho. ¿A ti también?

Subieron al Metro y llegaron hasta la estación Los Dominicos. Luego se devolvieron hasta San Pablo e hicieron lo mismo tres veces. Parecía que se conocían tanto sin saber nada el uno del otro.

Obvio que Nicolás no le dijo a Flavia que la había estado observando las últimas dos semanas. Obvio que Nicolás olvidó que tenía prueba de cálculo a las diez y media. Obvio que Nicolás no juntó las palabras amor y Santiago en una misma oración.

No hubo espacio para eso.

Se dijeron cosas que se dicen los extraños cuando se conocen: la edad, la ocupación, la comida favorita, el lugar de origen, nombre de la mascota y la historia de alguna cicatriz. Flavia no se quejó ni una vez de la ciudad. Nicolás ya estaba enamorado, a pesar de que el único dato que conocía de ella era que había llegado hace un mes a la capital desde Temuco, pero no sabía por qué. La conversación terminó cuando su mamá la llamó por teléfono y tuvo que salir corriendo. A diferencia de la Cenicienta, no dejó ningún zapato, pero su enamorado sabía perfecto dónde encontrarla. A Nicolás no le importó que lo dejara con la palabra en la boca porque, de alguna manera, sabía que estaba viviendo en carne y hueso una de esas aventuras hollywoodenses, en las que dos personas se enamoran en la calle solo con mirarse y luego alguien escribe historias sobre eso.

Flavia se subía a la 117 porque la señora del negocio que está al lado de su casa le dijo que si tomaba esa micro y luego el Metro, llegaba más rápido a la universidad. No tenía más opción que creerle. Había llegado de Temuco con su familia hace un mes por problemas de salud de su papá y no cachaba nada de la ciudad.

Todos los días, antes de salir, su mamá le decía que tuviera cuidado con la gente, sobre todo con los hombres, porque en Santiago eran más frescos que en cualquier otro lado. Le pedía encarecidamente que la llamara cuando llegara a clases y que no anduviera con los audífonos puestos en la calle porque la podían atropellar. Decía que la gente andaba muy acelerada y que no se daba cuenta de nada. Flavia le decía que sí, pero, en realidad, cuando llegaba al paradero ponía la música al máximo. Eso sí, cuando iba a cruzar le bajaba el volumen para no sentirse tan culpable.

Por más que trataba, siempre se le olvidaba dónde tenía que bajarse. A veces se asustaba porque no podía

memorizar todo el recorrido de la micro y se olvidaba de algunos lugares por los que pasaba. Creía que iba a llegar a La Legua. Siempre escuchaba en la tele que ahí pasaban cosas malas y por eso le daba miedo.

Se daba cuenta de que en la micro siempre iba un joven, como de su edad, que la miraba. Cuando ella trataba de poner cara de saludo, él se hacía el loco y se metía las manos en los bolsillos o bostezaba, como para pasar piola. Al comienzo Flavia se asustó porque pensó que podía ser uno de esos frescos de los que su mamá le advirtió. Se sacó esa idea de la cabeza cuando lo escuchó hablar por teléfono y preguntar qué llevaba para tomar once. Sintió que era alguien de casa, como ella. De una familia decente. “Ojalá me pregunte si estoy perdida”, pensaba mientras simulaba no saber dónde bajarse. Ella no daría el primer paso, porque siempre le dijeron que eso era cosa de los hombres.

Cuando vio que Nicolás no se bajaba donde siempre y llegaba a su misma estación de Metro, sintió mariposas en el estómago. Se dio cuenta de que él no se iba a subir al tren que acababa de llegar, porque se había corrido hacia atrás. Ella estaba de las primeras en la fila, así que tuvo que dejarse empujar para poder salir del montón. Quedaron los dos solos en el andén, detrás de la línea amarilla. De a poco se acercaron, como si tuvieran un imán.

—Te gustan los Red Hot...—le dijo él.

—Sí, mucho. ¿A ti también? —preguntó ella al instante, aunque ya sabía la respuesta, porque en la micro siempre notaba que escuchaba con el máximo volumen “Scar Tissue” y que, por la forma de recrear el beat de la batería con las manos, tal vez sería su canción favorita.

Congeniaron de inmediato. Llegaron hasta Los Dominicos y luego se devolvieron a San Pablo. Lo repitieron tres veces. Su mamá la había llamado en cuatro ocasiones.

Flavia cortaba el teléfono disimulada para que Nicolás no se diera cuenta. No quería que su primera conquista santiaguina pensara que era una perna porque la llamaba su mamá. A la quinta vez decidió contestar el celular, porque le habían dicho que si insistían más de cuatro veces era porque creían que estaba perdida y darían aviso a los carabineros para iniciar la búsqueda. Flavia salió corriendo y dejó la conversación a medio terminar. Sabía que lo volvería a ver al día siguiente en la 117, aunque ya supiera que esa no era la alternativa más rápida para llegar a la universidad.

Aquella tarde, cuando Flavia llegara a su casa, tendría un nuevo amor, pero su papá ya no estaría para conocerlo.

Los escapistas

Francisco Schilling

En un momento determinado un tipo cayó del cielo. El impacto hizo que se reventara contra el pavimento como una bombita de agua, tiñendo de sangre un radio de unos tres a cuatro metros. La calle Merced estaba poco concurrida a esa hora, pero al menos un par de peatones quedaron empapados. El griterío fue bíblico. El primero en acercarse fue un tipo de terno apenas salpicado. Se agachó y tocó el cuerpo o la masa de carne, pelos y mierda que había quedado. Al rato se levantó y miró al público.

Había que traer una espátula.

A la media hora pusieron una carpa militar y asumimos que el show había terminado. Entramos las cabezas y volvimos al trabajo. El tipo reventado fue, en todo caso, el tema de la jornada. En la noticias decían que por la fuerza del impacto tenía que haber saltado de un avión, pero que ningún avión había pasado por allí a esa hora. Algo muy raro estaba pasando. La gente comenzó a asustarse. El tipo que vendía bebidas dijo que el reventado se había tirado de un avión lejano, pero que había volado hasta allí como esos tipos con trajes especiales que vuelan mientras caen. La tesis tuvo una aceptación moderada hasta que Pablo, uno de mis vecinos de cubículo, agarró una corchetera y se la tiró.

—¡Estoy en desacuerdo! —dijo.

El tipo de las bebidas se volvió loco. Tomó la corchetera y se la tiró de vuelta. La corchetera le dio en pleno rostro a Pablo, quien cayó sobre su escritorio en posición de haberse quedado dormido.

Cuando despertó me preguntó qué había pasado.

—Nada —le dije—, el tipo de las bebidas tuvo buena puntería.

Me quedó mirando con un enojo sobreactuado.

—¿Y qué pasó con “el reventado”?

—Nada tampoco. La versión oficial es que se cayó de un avión secreto del gobierno mientras hacían pruebas de paracaidismo más secretas todavía.

Pablo se tocó la nariz, donde tenía un parche hecho de confort y masking.

—¿Tú me curaste?

—No, la señora Cecilia.

—Pero tú te quedaste conmigo.

—Somos vecinos.

—Ya, pero no te fuiste.

Según Pablo me parezco a un niño que le gustaba en el colegio, aunque más maduro y menos feliz.

—Digamos que el cambio de cubículo es más trabajoso que ser vecino de la loca de la corchetera.

Pablo sonrió.

—¿Y fue el único caso? —me preguntó.

—Hasta el momento nadie más se ha puesto a tirar corcheteras.

—No, de tipos caídos del cielo.

—Hubo dos más.

—¿En el mundo?

—No, acá mismo, uno en la calle Monjitas y otro en el paseo Huérfanos.

Pablo asintió y asomó la cabeza sobre los paneles.

Me preguntó por el tipo de las bebidas.

—Dijo que no volvería a vender bebidas acá —le respondí—. Que por culpa de gente como nosotros Dios nos andaba tirando muertos.

—¿Identificaron los cuerpos?

—No. Los expertos dicen que no tienen por dónde.

El contingente militar aumentó con el paso de las horas. Todo el centro estaba cercado. Nadie entraba o salía del edificio hasta nuevo aviso. Un grupo del Ejército de Salvación vino a dejarnos comida y colchonetas. Pablo me dijo que podíamos dormir juntos, que él no le ponía color. En las noticias cambiaron a los especialistas en aerodinámica y a los forenses por doctores en parapsicología y líderes de sectas: el apocalipsis había comenzado en Santiago Centro y no parecía querer moverse de allí.

Cuando terminó la jornada tiramos las colchonetas y asignamos comunidades. Del cubículo uno al cinco tenían que mover sus paneles hasta formar una casa, y así cada cinco cubículos. Pensábamos que nos ayudaría a sentirnos menos mal. En realidad, la idea se le había ocurrido al colorín del catorce, que quería dormir con la gorda del trece, y nadie opuso resistencia. En mi grupo quedamos Pablo, yo y otros tres tipos que conversaban entre sí. Quiero decir, que nos rechazaban abiertamente. Yo estaba comenzando a preguntarme si no sería exagerado el odio hacia Pablo, o sí, en última instancia, valía la pena unirme a su cruzada de ostracismo, cuando sonó la primera descarga.

Una descarga era básicamente un montón de cuerpos molidos arrojados sobre la carpa que cubría al tipo reventado. Sonaba como una expulsión de diarrea semisólida, o como tirar muchos pulpos a un balde de plástico. Uno de los tipos que nos ignoraban la describió como una cascada gigante de vómito negro. Cuando me asomé fue esa también mi impresión: un vómito o una porción de puré gigante de músculos y órganos molidos.

El caso es que los milicos se pusieron nerviosos y vaciaron sus metralletas contra la carpa. Luego saldría en las noticias

que dos forenses se habían quedado trabajando horas extras dentro de ella —uno de ellos para pagar la operación de alargamiento de tibias de su hija enana— y que luego de la balacera quedaron irreconocibles, aunque no más, aseguraba la reportera, que el tipo reventado original.

Las descargas continuaron con regularidad cada quince o veinte minutos, siempre en el mismo lugar, y empezamos a perder la cabeza. Pablo estaba quebrado. En un momento sacó la voz para decirme que no iba a poder seguir aguantando.

—Tranquilo —le dije—, acá arriba estamos bien. En un rato hasta estábamos cucharita.

Pero Pablo ya no escuchaba nada.

—Tengo que salir de aquí —me dijo.

—No te van a dejar.

—Pues que me maten, me da lo mismo. Mejor que morir acá.

—Acá tenemos mini casas —le dije cerrándole el ojo. Pablo negó con la cabeza y comenzó a reunir sus cosas.

Ya no se reía, ni menos coqueteaba. En el resto de las comunidades estaba pasando más o menos lo mismo.

—En las noticias dijeron que también hay descargas en los otros dos puntos —me dijo mientras probaba el filo de un abridor de cartas—, sobre los otros dos reventados.

—Quizás los primeros eran solo para probar.

Pablo se puso el abre cartas como espada en el cinturón.

Después continuó:

—¿Te diste cuenta de que los tres puntos forman una línea recta sobre el mapa?

No me había dado cuenta, así que busqué un mapa en el monitor. Y sí, podía trazarse una línea desde el reventado de Monjitas al de Huérfanos, pasando por el de Merced (el nuestro), salvo que de recta no tenía nada. Se lo comenté a Pablo.

—Sí —me dijo—, hay un punto que está corrido: nosotros. Don Bernardo, que se había alzado como el líder de la fuga, silbó para reunir a la gente. Pablo me dio un abrazo y un beso en la mejilla.

—¿Sabes por qué le tiré la corchetera al tipo de las bebidas? —me dijo antes de irse.

—¿Por estar cagado de miedo y en desacuerdo?

—No, porque estaba bueno. Hace días que le venía echando el ojo. Pensé que con la corchetera me iba a prestar atención.

—Al menos te la devolvió.

—Sí, menos mal —dijo, y luego se unió a las filas escapistas.

Fue la última vez que lo vi. O casi.

Se había declarado de forma oficial que la lluvia de cuerpos no tenía explicación científica. Volvíamos con tranquilidad a la Edad Media. El mundo estaba excitado, en todo caso. De pronto estábamos satisfaciendo el morbo intelectual y espiritual del resto del planeta. Después de “los treinta y tres”, era lo más internacional que nos había pasado.

Un par de palas mecánicas limpiaban regularmente los restos de las descargas, que ya se extendían por varias cuadras. La horda de helicópteros en el cielo parecía una de las siete plagas. Uno no podía evitar volverse apocalíptico. El hedor era extrañísimo, algo así como una mezcla de carne rancia, neumáticos quemados y helado de vainilla. Era tan repugnante que solo abríamos una pequeña ventana para fumar. En eso estaba, de hecho, cuando vi salir a los escapistas.

Caminaban lento y con las manos levantadas. Era lo mejor que se les había ocurrido. De inmediato los milicos rodearon la puerta principal y apuntaron sus armas. Uno

de ellos gritó que no dieran un paso más, que dispararían, pero los del fondo, que aún estaban dentro del edificio, seguían empujando y los de adelante no podían dejar de avanzar. Como cualquier masacre, todo comenzó con un primer balazo desesperado, en este caso el de un adolescente que gritó “perdón” o “me voy”. Los cuerpos, que no paraban de salir, iban desplomándose con quiebres macabros y desarticulados, y se acumulaban en una especie de medialuna alrededor de la puerta principal. A los pocos minutos los cuerpos quedaron cubiertos por la próxima descarga y fueron limpiados por las palas mecánicas como partes de un todo. Creo que esa fue la última vez que vi a Pablo. Quiero decir, en alguna parte del barrial de carne tenía que estar.

A lo mejor

Siena Hidalgo

Una camisa sin mangas con cuellito y botones, celeste, imitando un lavado claro de mezclilla. Debajo llevaba un sostén morado que me había comprado en las vacaciones. Una falda de jeans con dibujos de espirales, y con un forro por dentro como si fuera short. ¿De qué color era mi calzón? Creo que azul, no sé, creo que azul. No sé si llevaba zapatillas o bototos. Cualquiera, supongo. Siempre son zapatillas o bototos.

Fuimos a Bellavista la primera semana de clases. Jueves, creo. Éramos, ¿diez? Estaba yo y los Davids y el Mago — así le decíamos—, el Víctor, el Nacho, el Pablo, el Tite y el Beto también, parece. El Diego y el Daniel y el Oliver. Sí, estaba el Oliver porque él sacó la falopa en la plaza. Pero yo no jalé, aunque casi sí. Igual me daba curiosidad. El David me dijo que en verdad no lo hiciera porque me iba a cagar la vida, pero que ellos ya estaban metidos y que filo, ya estaban en esa. El Dada, ¡también estaba el Dada!, ese fue el que se sacó la mota. No, no me acuerdo de qué raza era, pero en esa época yo no sabía la diferencia entre cogollo y porro. Menos entre sativa e índica. Menos si era Amnesia Haze o Moby Dick o Cripy. Fumamos caleta. Y después caminamos harto porque queríamos encontrar un bar que vendiera chela barata. Y justo antes de llegar al cerro San Cristóbal entramos a un local.

El Mago se encontró con una amiga, pero parece que era la polola, o a lo mejor todavía no era la polola y él se la estaba joteando. En el bar nos juntaron como tres mesas y pedimos varias botellas y ya no sé si yo puse plata

o a lo mejor me invitaron. Escudo creo que era, pero a lo mejor era Báltica. La más barata. A mí nunca me gustó la chela, pero entre que estaba volada y me estaba riendo, tomé. Nos servimos en vasos de plástico, esos desechables que son como para cumpleaños de cabros chicos, y obvio que a alguno se le dio vuelta una botella cuando se estaba sirviendo. Pero. ¡Espera! Yo había ido con la Caro, con la niña que no sabía si era o no la polola del Mago, había ido con ella a comprar Mistral Ice o Smirnoff o algo así porque yo no tomaba chela. Y el tipo casi nos echó cuando nos vio volver con las tres o cuatro o dos botellitas. Que solo se podía consumir en el local lo que se compraba en el local. Qué imbécil. Yo tenía una botella plástica de agua y creo que fue el Dada el que me ayudó a vaciar mi vodka en ella. Entonces los demás tomaban chela y yo tomaba de mi botella de agua y el weón que nos atendía cachó altiro que no era agua, pero ¿qué más me iba a decir? Había hackeado el sistema. No, no, si es agua, de verdad. Sí, claro. Nos tomamos una foto, “para la prosperidad”, decíamos. A mí que me carga tomarme fotos. Salí por suerte borrosa, porque la tomaron de la otra punta de la mesa.

¿Nos echaron o nos fuimos?

Caminamos de vuelta al Metro Baquedano y de repente ya no éramos tantos. Estábamos el Nacho, el Pablo y yo. Ahí nomás. Sentaditos, fumando, entre agujas —que aprendí que eran los pitos súper delgados— y cigarros.

Alguien llamó por teléfono. No recuerdo si fue mi mamá para decirme que me fuera a la casa, que ya era tarde, que si me venía a buscar, o a lo mejor fui yo quien la llamó, que quería quedarme un rato más, que estaba bien, que estaba entretenida con mis amigos de la universidad.

En un momento el Pablo me dijo que le pasara el teléfono, así el convencía a mi mamá de quedarme con

ellos. No creo que al final haya hablado con ella. Y entre tantas voces, le prometí a mi mamá que estaba bien y que me iba a quedar en la casa de uno de ellos y que sí, que es seguro, que voy a estar bien, que lo prometo.

¿Fue en ese momento que decidimos tomar un taxi? A lo mejor. Entre el Pablo que estaba jalao y curao y, más encima, volao. Yo, curá y volá. Y el Nacho todas las anteriores. Cuando estábamos en el taxi, los tres sentados atrás, el Pablo le empezó a dar direcciones al taxista. Creo que ahí cachamos que no íbamos a una casa, sino al hostel de la familia del Pablo, o de su mamá. Y que ahí podíamos dormir y todo muy piola. El Nacho ya estaba bien borrado, no decía nada, solo se reía. El Pablo me decía que era mejor así, que no se iban a arriesgar que me fuera sola en micro a las tres de la mañana, que me podía pasar cualquier cosa.

Nos bajamos a una cuadra del Club Hípico y el Pablo le pagó al taxista. Mentira. El Pablo no tenía plata, nosotros tampoco teníamos y no sabíamos que hacer. Y a lo mejor no, a lo mejor seguíamos riéndonos porque no teníamos plata para pagar el taxi. Entonces el Pablo le pasó al chofer su licencia de conducir, o su carné. Y me acuerdo que le decía al taxista que la tomara como garantía, que ahí salía la dirección de su casa y que al día siguiente le pagaba. Y el taxista le decía que filo, que no se preocupara, y el Pablo dale con que va a llover, que no, que tómala nomás, pa' que así te des cuenta de que soy un hueón honesto, de verdad que te pago, vas a mi casa y te pago, de verdad, hueón.

El taxista se fue con el carné o con la licencia y nosotros entramos al hostel. Parece que fue un primo del Pablo el que nos recibió y nos pasó una pieza. Parece que estaba enojado o que le había molestado que hubiésemos tocado el timbre porque había gente durmiendo y era súper tarde, como las cuatro de la mañana.

La pieza que nos tocó era chica y estaba a un pasillo de distancia del baño y tenía dos camas, una de una plaza y otra de dos. Las paredes eran de un blanco sucio que se descascaraba con facilidad y había una tele chica, de esas cuadradas gigantes que pesan caleta.

Lo primero que pasó fue que el Nacho se puso los audífonos y se desplomó en la cama de una plaza. Con el Pablo nos reímos, pero el Nacho ya estaba roncando y cachamos que ya no había más que hacer. Que él y yo dormiríamos en la cama grande.

El Pablo era oficialmente lindo y habíamos estado coqueteando durante la noche y como yo siempre fui buena para que me gustaran todos, igual me gustó la idea de dormir con él. Si nunca había pasado nada, en general. Todos me decían que no, o que fuéramos solo amigos o que se habían enamorado de mi amiga, o que ya tenían polola. De verdad que estaba acostumbrada a ser calientasopa porque nunca iba más allá de eso. Y no creo que me haya dado cuenta que existía la posibilidad de que alguno de todos se la creyera.

Me saqué el sostén morado para acostarme, porque, entre que nunca duermo con sostén y era una rutina muy obvia, y que igual me gustaba la idea de tener una “actitud seductora”. El Pablo se acostó en puros calzoncillos. Nos metimos debajo de la sábana húmeda y puede que me haya abrazado, pero es probable que no.

Me quedé dormida altiro.

O a lo mejor no.

De repente siento que se sube arriba mío y me besa.

¿Era un sueño? Ya no sabía. Tenía más que suficiente mota y alcohol en el cuerpo.

Podía moverme, pero igual me costaba abrir los ojos. Y me siguió besando, con lengua y manoseo. Me sacó la falda y los calzones. O, a lo mejor fui yo.

Y yo solo sentía su peso encima de mi cuerpo y sus manos en todas partes, ni siquiera lo veía porque por alguna razón, no podía abrir los ojos.

Y entonces siento así como una salchicha en mis labios. Me forzaba su pene en la boca y me dio mucho asco porque se sentía esa vienesa cruda entrando por mi garganta y hasta me daba miedo a que me diera más asco y terminara vomitando. Y le dije que no, que no quería. Entonces él volvió a darme un beso en la boca.

Yo era virgen.

Yo era virgen y ni caché si me dolió o no cuando me la metió.

Estaba cansada y me pareció raro que no me estuviera doliendo. A lo mejor con tanta masturbación me había roto el himen yo sola.

Y era raro, porque lo sentía pero no sentía nada. Ni me gustaba ni lo repudiaba. Como que era nomás.

¿Pasó algo más después o me quedé dormida? No lo sé.

Sonó la alarma de un teléfono y cuando abrí los ojos ya estaba claro afuera. El Nacho se levantó de la cama de al lado. Conchasumadre, dijo.

Yo estaba sin calzones ni falda. No quería destaparme. Me preguntó si me iba con él, que nos fuéramos caminando al Metro.

Si yo le decía que sí y me levantaba, iba a ser escándalo. Entonces me tapé aún más con la sábana. Que no, que yo me voy después. Me preguntó varias veces si estaba segura y parte de mí quería irse, pero ¿cómo me iba sin mostrar nada?

Que no, que de ahí me voy.

¡Espera! Recuerdo que en algún momento fui al baño. Después de que tiramos, me dieron muchas ganas de hacer pipí.

A lo mejor fue en ese momento o después de que se fue el Nacho, y yo agarré mi falda de jeans y mis calzones quizás azules que estaban en el piso y me los puse, que el Pablo me dijo que se me veía el potito más parado. Como que me veía más mujer. Creo que me sonrojé porque se sentía como un coqueteo.

Y no sé si fue en ese momento o después cuando me dijo que si no hubiera sido él y hubiera sido el Oliver, me habría masacrado en esa cama.

El Oliver también era guapo. Más que el Pablo. Pero tenía esa actitud culiá de “todo vale verga” y se creía el muy rudo porque usaba ropa rota y negra y tenía el pelo largo (aunque ya se estaba quedando pelado por la droga) y tocaba bajo en una banda de metal.

¿Hubiera preferido que el Oliver me hubiera masacrado? A lo mejor. A lo mejor me gustaba la idea de que ninguno de los dos podía dejar sus manos quietas. Que tenían que tocarme y manosearme porque así de deseable era yo.

El Pablo me acompañó hasta el paradero, conversando cosas triviales como que hace frío hoy día y que en cuánto rato pasa la micro.

Nos sentamos atrás, al lado de la ventana, y yo miraba Blanco Encalada, Matucana, Mapocho, mientras íbamos a Providencia, y me quedé callada. Y él trató de hablarme y yo seguía callada. Y me preguntó qué me pasaba, y le dije que nada. Y me bajé en el paradero del Metro Salvador, callada, con olor a cigarro y a trago y a mota, y no sé si me fui a mi casa.

¡Eliminado! **Emilio Ramón**

Esta historia comienza con nuestro protagonista parado frente a una casa. Está mirándola fijo, casi sin pestañear. Imaginen que es una de esas casas antiguas, altas y espaciosas, sin antejardín, con solo una puerta y una ventana mirando hacia la calle. Estamos en algún lugar del barrio Franklin, aunque también podría ser Matta Sur. Nadie, ni siquiera este humilde narrador, recuerda el nombre de este personaje, así que, solo por comodidad, le llamaremos Juan Pérez. El ambiente es solitario, silencioso, es de noche y hace frío. ¿Pueden visualizar el vaho que sale de la respiración de Juan? Si esta historia estuviera ambientada en París o Nueva York podríamos agregar que la nieve caía en finos copos, casi danzando con el viento hasta posarse sobre los adoquines, pero estamos en Santiago de Chile y aquí esas mierdas no pasan. Perros callejeros sí hay, y muchos, así que imaginen a uno ladrando en la esquina. Es un ladrido fuerte y amenazante, pero Juan, hundido en sus demonios internos, parece no prestarle ni la más mínima atención. Corre viento, no demasiado, pero el suficiente para mover las copas de los árboles y arrastrar las hojas que el otoño se ha encargado de jubilar. Es el martes trece de junio de un año nefasto para Juan, uno de tantos.

Juan Pérez es un hombre de cincuenta y cinco años mal llevados, pasado de kilos, un metro sesenta de estatura, calvo, con una nariz gruesa y enrojecida por el vino y el frío, ojos oscuros rodeados por marcadas ojeras y una mirada entre melancólica y rabiosa que refleja, muy en el fondo, casi como una estrella muerta a miles de años luz, un destello

del ímpetu juvenil y del hambre de un éxito que nunca llegó a tener. Lleva puesto un abrigo negro, viejo y un poco raído, comprado en una liquidación de Johnson varios años atrás. En el bolsillo interior, en específico, al lado derecho, lleva un revólver. Bastará decir que está correctamente cargado.

Juan Pérez tiene miedo. Jamás ha disparado y, a pesar de la determinación que lo llevó a estar parado frente a aquella casa, le tiemblan las manos y las piernas, le cuesta mover la mandíbula y se siente un poco mareado. En la micro que lo trajo desde Estación Central estuvo a punto de vomitar, pero logró contenerse, más por vergüenza que por otra cosa. Por eso en el bolsillo izquierdo del abrigo lleva una petaca de ron a medias. De seguro algún lector en este punto se preguntará, ¿qué mierda hace entonces parado frente a aquella casa con un revólver? O también, ¿quién vive en aquella casa, ya que, con toda seguridad, no es la suya? Para responder a estas interrogantes habrá que retroceder un poco, exactos veintisiete días y seis horas.

Trasladen la imaginación ahora al comedor de una casa pequeña, humilde, con las murallas de color verde agua descascaradas y cuadros con fotos antiguas, como saludando desde otros tiempos. Estamos cerca de la Villa Portales, en Estación Central. Hay olor a comida y a encierro. Son las dos de la tarde y Juan almuerza junto a su mujer —a quien llamaremos Carmen— un plato de porotos con longaniza mientras ven el noticiero de media tarde. No hablan, solo se escucha la tele y el ruido que producen al mascar y al tragar Coca-Cola. De pronto, la voz del periodista da un anuncio que cambia de golpe el rumbo de la monótona vida de Juan:

Roberto Núñez Núñez, el hombre bajo el disfraz de el Chacal de la Corneta, anunció su despido del programa *Siempre sábado*. El hombre, que durante treinta años interpretara al personaje, anunció a la prensa su despido y

por primera vez reveló su verdadera identidad. Asegura estar muy dolido con Don Mario, el conductor del programa, pues, según Núñez Núñez, no demostró más que frialdad al eliminarlo de su trabajo tras tantos años...

Juan Pérez se atragantó con los porotos. Su mujer tuvo que levantarle los brazos y golpearle la espalda para que pasaran. Luego se tragó un vaso de Coca-Cola, eructó, y salió a tomar un poco de aire para estabilizarse. ¿Qué pasa, Juan?, preguntó ella, con cierta indiferencia. Él le respondió que nada, que no había mascado bien solamente. A Carmen no le interesó profundizar en el tema, aunque sospechó de qué se trataba. Juan había palidecido, sus ojos estaban vidriosos y le temblaban las manos. Voy a dar una vuelta, dijo y, sin esperar respuesta, salió a caminar por el barrio sin dejar de pensar ni un momento en lo que había visto en las noticias. Era él. Su cara, su nombre verdadero, veintiséis años más tarde. Pero, para que el lector pueda entender su reacción, tendremos que retroceder de nuevo, esta vez hasta el sábado 21 de noviembre de 1987, el día en que comenzó su vida de fracasos, el día en que el infame Chacal hizo sonar la corneta en sus oídos eliminándolo del concurso de talentos y borrando de un soplido su promisorio carrera de artista.



Estaba nervioso, muy nervioso, la boca seca y las manos húmedas. Las luces del estudio no hacían más que sofocarlo mientras esperaba tras bambalinas. Era su primera vez en televisión y sentía que al fin podría alcanzar el éxito y la fama que perseguía hasta la obsesión cada vez que se disfrazaba de Michael Jackson y comenzaba a imitar sus pasos. El productor le hizo un gesto para que se preparara y entonces

escuchó la voz de don Mario: Demos un fuerte aplauso a... Juan Pérez, ¡el Michael Jackson de Estación Central! Escuchó aplausos. Entra, le dijo el productor. Sintió vértigo, pero entró. La base de Billie Jean y las cámaras le dieron la bienvenida. Comenzó a moverse, aunque los nervios no le permitían soltarse del todo. Se asustó, pensó lo peor, pero en vez de bloquearse, comenzó a arriesgar más, un giro, un movimiento de hombros, una pierna arriba, y ya, ahora sí, era cosa de moverse, de entrar en calor, los pasos salían más naturales y se olvidaba de las cámaras y del público, hasta que...

El Chacal y el sonido de la corneta.

Y... ¡FUERA! Y... ¡FUERA!, escuchó gritar a las viejas sentadas en las galerías, esas galerías que se veían tan grandes en la pantalla, pero tan insignificantes en vivo y en directo. No podía ser, no era posible que se rieran de él, del Michael Jackson de Estación Central, el que había deslumbrado en las completadas y bingos a beneficio que hacían en la Villa. Y había ensayado tanto, tanto. Por eso el sonido de esa corneta fue como un mazazo en la cabeza, como una bala de plata directo al corazón. ¡Eliminado!, escuchó decir a Don Mario y simplemente no pudo reaccionar. Se quedó allí parado frente a las cámaras como perdido en la inconsciencia abismal del ridículo, tieso, quieto, y escuchaba las risas de esas viejas que parecían salidas de un comercial de detergente, y comenzó a sentir ese calor líquido correr por las piernas, bajando lento hasta sus rodillas y más abajo...

Las risas del público, las carcajadas satánicas de don Mario, las burlas del Chacal, la realidad que se volvía difusa, los camarógrafos buscando la mejor toma del pichí corriendo por sus piernas hasta llegar a los pliegues de sus calcetines blancos. Las burlas en el barrio, las risas de la

gente en la calle, los niños, mira, mamá, el caballero que se hizo pipí en la tele, las mujeres que se reírían al verlo pasar, las portadas de los diarios el domingo...

CONCURSANTE DE *SIEMPRE SÁBADO* SE ORINA EN VIVO EN TELEVISIÓN

IGUALITO A MICHAEL JACKSON VACIÓ EL BOTE EN PLENO PROGRAMA

Y así comenzaron los malos tiempos. Ya no lo llevaban a las completadas y bingos para bailar: ahora lo invitaban para tomarse fotos con él, con el pobre huevón que se había meado frente a todo Chile. Seguía bailando, ensayando, ofreciendo sus servicios de doble oficial, pero ya nadie lo tomaba en serio. Aceptó algunas notas para la televisión en las que mostraba a pecho descubierto la miseria en la que se estaba transformando su existencia, pero lo que terminaba apareciendo en la tele parecía más una comedia que una tragedia. Se había convertido en toda una celebridad, reconocido en las calles, tal como siempre quiso, pero por motivos muy distintos a los que alguna vez soñó. Y así empezaron los problemas con el alcohol, el aumento de peso, las crisis de pánico, la depresión, las pastillas.

Logró hacer algo de dinero con algunos shows en discotecas de medio pelo, pero los organizadores exigían que al terminar Billie Jean debía orinarse frente al público. Los eventos eran todo un éxito, las entradas se vendían como pan caliente, la gente se extasiaba cuando veía los pantalones mojándose. Juan Pérez, sin embargo, no lo pasaba bien. Para superar la vergüenza y lograr subirse al escenario debía tomar varias cervezas y meterse unas rayas de cocaína, pero muy pronto los shows se transformaron

en una mera excusa para la cerveza y la coca, hasta que, tras un par de patéticos espectáculos en los cuales se cayó de borracho, dejaron de contratarlo. El último show que dio es recordado por los espectadores como lo más patético que vieron en su vida. Se parecía más al último Elvis Presley que a Michael Jackson, declaró uno de ellos. En efecto, Juan, más gordo que nunca, subió al escenario borracho y drogado, casi no podía moverse, balbuceaba obscenidades en el micrófono y terminó meándose en medio de la segunda canción, no al final de la tercera como exigía el contrato. Fue la lápida para su carrera artística.

Los años venideros se los pasó de trabajo en trabajo, en la construcción, en los taxis, en las ferias, emborrachándose cada noche, metiéndose coca hasta sangrar de nariz, despilfarrando lo poco que ganaba. Fueron años de estancamiento, de carencias, de resacas, de salas de hospital, de juzgados. Vino, entre tanto, un matrimonio que hasta la actualidad no era más que una oscura relación de dos fracasados apoyándose el uno en el otro para no hundirse. Cada sábado, en tanto, estaba pegado frente al televisor, mirando la pantalla como un poseso, maldiciendo en voz alta al Chacal, cargando toda su frustración sobre esa figura misteriosa escondida tras un disfraz negro, sin siquiera mostrar su cara. Y mientras el infame había viajado a los Estados Unidos y seguía eliminando uno a uno a los concursantes, sin importarle una mierda lo que habían luchado para llegar hasta allí, él, borracho y hundido en el sillón de su casa pobre de Estación Central, no podía quitarse de la cabeza ni un minuto (de verdad, ni un solo minuto) su imagen y el sonido de la corneta y la voz de don Mario y las crueles risas del público...

Y... ¡FUERA! Y... ¡FUERA!

Volvamos ahora a la primera imagen, es decir, a esa noche fría y oscura, con algo de viento, y Juan Pérez mirando fijo una casa con una pistola cargada en el bolsillo de su abrigo negro. Algunos quizás ya podrán adivinar quién vive en la casa. Sí, Roberto Núñez Núñez, el Chacal de la Corneta. Los días que pasaron desde aquel almuerzo en que se atragantó con los porotos no fueron si no de buscar su dirección —en época de redes sociales esto no implica gran dificultad— y pensar en qué hacer con ella. ¿Ir allá e insultarlo? ¿Golpearlo? ¿Arrojarse a sus pies a llorar como un niño mientras le contaba cómo durante tantos años no había hecho más que pensar en ese día y en el momento de su venganza? ¿Conseguir una pistola y matarlo de una vez?

Conseguir una pistola y matarlo de una vez.

La idea se instaló en su cabeza y creció como un cáncer hasta que no lo dejó pensar en nada más que en ir a su casa y pararse frente a él para acabar con su vida y tener por fin un poco de paz mental. Un poco de silencio. Al menos un minuto sin el fatídico sonido de esa corneta en la cabeza. Por eso estaba allí ahora, para sacar la pistola del abrigo, apuntar a la cara al demonio, decirle ¿te acuerdas de mí, hijo de puta? Sí, soy yo, el Michael Jackson de Estación Central y tú me cagaste la vida, y volarle los sesos, BANG BANG, estallarle la cabeza, hacer saltar trozos de materia gris por toda la Vía Láctea...

Pero ¿qué pasaría después?

El miedo no lo dejaba moverse y lo sabía. Metió la mano al bolsillo, sacó la de ron y bajó de un solo trago la mitad que quedaba. El esófago le ardió y los ojos se le tornaron vidriosos, pero así sería más fácil. Así podía dejar atrás las dudas y el miedo. Se acercó y tocó el timbre.

Silencio. Tanto silencio que podía escuchar el sonido de su propio corazón.

Volvió a tocar. Esta vez una luz se encendió y, tras unos segundos que le parecieron años, sintió pasos acercándose a la puerta. La respiración se le cortaba y un vértigo mortuorio le recorrió cada célula del cuerpo.

—¿Quién? —escuchó una voz fuerte y enérgica desde adentro.

Era él, no había duda. Quiso contestar algo, pero lo que le salió fue poco más que un balbuceo incoherente. Estaba paralizado de miedo.

—¿Quién? —repitió la voz de Núñez Núñez y abrió un poco la puerta para ver.

Y lo que vio fue la figura de un hombre gordo y cansado, pálido como la luna, con un abrigo ridículo y los ojos llorosos. Lo quedó mirando unos segundos antes de darse cuenta de que a sus pies se estaba formando un charco que sin duda venía bajando desde sus pantalones.

—¿Qué mierda...? —alcanzó a decir antes de que el hombre saliera corriendo como loco por la calle hasta perderse en la oscuridad. Miró otra vez el charco de orina que había quedado frente a su puerta y se rascó la cabeza intentando comprender. Cerró la puerta y volvió a la cama con su mujer. Se tapó y la abrazó por atrás.

—¿Quién era, amor? —preguntó ella.

—Nadie. Un borracho.

—¿Y por qué tocó el timbre?

—De borracho, supongo. Se meó en los pantalones y salió corriendo como enfermo de la cabeza.

—Esta ciudad está cada vez más loca. Te he dicho tantas veces que nos vayamos al sur...

—Ahora no hablemos de eso, amor. Mejor hagamos cucharitas.

Ella dio unas risitas y apagó la luz del velador. La tenue luz de la luna se colaba entre las cortinas e iluminaba el disfraz del Chacal. Estaba enmarcado y colgado en la muralla a los pies de la cama. Era un martes trece de junio de un año común y corriente en Santiago de Chile.

La Mort

Nina Bendalliene

Ha pasado casi un año desde el maldito accidente. Qué mala suerte morir el mismo día de mi matrimonio. A Ariel lo enterraron mientras yo seguía en el hospital. Ahora me tienen bajo estricta vigilancia. No me quieren mandar al cementerio.

Quiero descansar con Ariel. Los médicos insisten en que estoy viva. El doctor Contreras dice que tengo un severo caso de esquizofrenia. Otro de los psiquiatras intenta convencerlo de que padezco demencia. También dicen que puede ser desorden bipolar con catatonia. Tal vez sea una mezcla de todo lo que dicen. Los medicamentos no funcionan. No me hacen feliz. No calman mi ansiedad. Sigo sufriendo insomnio. Yo sé lo que me pasa. Estoy muerta. Me estoy pudriendo frente a todos. Dicen que alucino. Pero sé lo que veo. Mi familia insiste en tratarme como antes. Están en etapa de negación. Se mienten. A mí no pueden engañarme. El estado de descomposición de mi cuerpo es avanzado. Veo gusanos asomarse a través de mis órganos enfermos. Hay uno que sale de mi nariz. Quiero llorar. Me levanto de la cama. No tengo sueño. Esto va por mal camino.



Antipsicóticos. No sirven. Benzodiazepinas. No sirven. Entra mi vieja con una planta. Dice que hay que darle vida a mi pieza. Comenta que el doctor Figueroa llegó. Es uno de los psiquiatras que viene a verme. Me mantienen

aquí porque quieren estudiarme. Soy un conejillo de indias porque soy una muerta viva. Algo como un zombi. Entra el doctor saludándome. Evito mirarlo. Hoy me siento perdida. Sin esperanzas. Es imposible que me devuelvan a la vida. Mi vieja nos dice que subirá con algo para comer. Me obliga a comer lo que ella prepara. El pútrido olor de mi cuerpo es lo único que puedo saborear. El doctor me pregunta cómo me siento. No contesto. Me pregunta si creo que el tratamiento está funcionando. No contesto. Me dice que tengo que mejorar mi actitud. Sigo en silencio. Agrega que recuperaré mi vida. Lo miro por una milésima de segundo. Jamás recuperaré mi vida. El doctor no entiende. Está tan loco como todos. Estoy jodida. Muerta. Nadie me cree que estoy muerta.

Nadie va a creerme. Nadie reconocerá que morí el mismo día que Ariel. Entra mi mamá con una bandeja. Le dice a Figueroa que le ha preparado un té de menta. Me mira. Me acerca una taza de chocolate caliente. No la recibo. No puedo sentir el maldito sabor del cacao. La tomo para darla vuelta sobre mi cabeza. El líquido hirviendo baja por mi cara y cuello. Otro poco salpica a mis hombros. Mi madre grita llevándose las manos a las mejillas. El doctor se preocupa por las quemaduras. Les grito que me dejen sola. No siento dolor.



Es de madrugada. No duermo más de tres horas diarias. Lo hago por obligación. Tengo mucha energía, pero nada que hacer. Camino de un lado a otro. Estoy enjaulada. Abro la ventana. El aire frío entra envolviéndome. La hediondez de mi cuerpo no se va, pero disminuye. Perdí el útero. Estoy perdiendo el hígado. Me acuerdo de Ariel. Nos gustaba

tomar piscolas. Me pregunto si me echa de menos. Quiero acompañarlo. Que me metan en el mismo féretro. Intento abrir la puerta. Es lógico que esté con llave. Me tienen pánico.

Tener a una persona muerta que sigue viva en su casa no debe ser fácil. Tengo que encontrar la manera de salir de este limbo. Espero no ser inmortal. No quiero vivir así hasta el Armagedón. La situación es terrible. Horripilante. Soy un monstruo. Muerta.

Puedo ver cómo mi cuerpo se cae a pedazos. Soy consciente de que me he convertido en un cadáver. Veo pelotas de pus en mi piel podrida. Estallan. Son volcanes haciendo erupción sobre una tierra agonizante. El viscoso magma verde amarillento chorrea. Hace tiempo que perdí la última gota de sangre. También perdí el corazón. No perderé tú recuerdo, Ariel.



Estoy sentada frente al atril en el que tantas veces pinté. Miro el paisaje afuera de la ventana ¿Podré encontrar alguna pizca de inspiración en este estado? Siento que estoy presa en esta seudovida, que no existe. No entiendo por qué me torturan de esta forma. Quiero acabar con esto. Me urge. Pienso que podría matar a alguien. Tengo mucha rabia. Estoy de mal humor. Lo único que consigo plasmar en el lienzo es un punto negro. Entra mi papá. Me visita por primera vez en todo este tiempo. Me pide disculpas. Se excusa con que ha viajado mucho.

Dice que la vida no se detiene.

Que hay que cumplir con las obligaciones y trabajar. Yo sé que no quiere estar cerca de mí. Se lamenta por la muerte de Ariel. Cabizbajo, agrega que lo que nos pasó

fue espantoso, pero que por algo estoy aquí y él no. Me levanto de mi asiento agitada. Cegada por el sufrimiento y la ira. ¿Quién mierda cree que es? Me abalanzo contra él enterrándole los dientes en el hombro. Grita retorciéndose de dolor. La sangre brota. Soy una desgracia. Una desgracia y muerta. Miro a mi papá.

Llora como un niño indefenso. Hay terror en su rostro. Me levanto y corro hacia la ventana. Tomo el atril y lo lanzo contra el vidrio. ¡Crash! Vuelan los cristales. Doy un salto a la libertad. Después de esto me encerrarán en un lugar peor. Tal vez con otros muertos vivos. Tengo que llegar al cementerio. Voy por la avenida. Un auto se acerca a gran velocidad.

Espérame, Ariel.

Fundirse con la niebla

Francisco García Mendoza

Y luego que hubo anochecido, se le entreabrieron los ojos.

Oh, un poco, muy poco.

La amortajada. María Luisa Bombal

I

Abro los ojos y despierto en una cama blanca.

No sé si despierto, pero abro los ojos y tengo la sensación de estar acostada en una cama blanca. Las murallas son blancas, las cortinas celeste pálido. La fría luz artificial parpadea. Abro los ojos y despierto.

La cama. La mano áspera, la sábana.

La sábana es áspera. La sábana blanca es áspera y puedo sentirla con la mano izquierda que pesa. No me puedo mover, no puedo mover los dedos de los pies, mi cabeza reposa sobre una almohada. La cabeza reposa sobre una almohada que es blanda y los párpados presionan sobre los ojos.

Lindo día, lindo día, señora. Es hora de despertar. Voy a abrir las cortinas. Mire qué sol radiante hay afuera.

La luz que entra de la mañana me hiere. Los ojos duelen. ¿Por qué me siento agotada en esta cama blanca que reposo?

El sol es una vitamina indispensable para la vida, revitaliza, Ana María.

El enfermero Lindo día se retira no sin antes acariciarme el pelo. ¿Puedo mover los dedos de los pies?

Pienso en mi pelo racimo enmarañado color ceniza artificial.

Después de lavarlo lo secaba un poco, solo un poco, para luego ir al patio y peinarlo al sol. Y el sol llegaba directo, pero no quemaba, no me ardían los ojos como ahora, y entonces ni siquiera era consciente del parpadeo. Intento decirle, pero no puedo, me agoto tratando de advertirle al enfermero Lindo día que el pelo ceniza se me deshace en su caricia.

Ana María. Lee una ficha y anota mis datos. Ana María, Ana María. Son mis datos, mi tarjeta de identificación. Soy un cuerpo tendido en una cama blanca, muy blanca. Yo los veo, pero ellos no me ven en realidad. Soy Ana María, lindo día. Ana María no me muevo. Enfermero Lindo día. Siento su torpe deambular por esta sala blanca, bien blanca. Respira el enfermero Lindo día. El aire suena al ingresar por sus fosas nasales escandalosas.

Despierte, Ana María. Le van a lavar el pelo. En un rato viene la auxiliar.

Mi pelo ceniza cano artificial se deshace con el agua. Intento advertirle, pero no. Intento avisarle que no es necesario lavar mi pelo todos los días porque se desgasta.

Le van a lavar su pelo, Ana María, y esta agüita se va después a regar las plantas.

Intento decirle que anoche ya me lavé el pelo y Lindo día se retira.

Mi pelo ceniza cano.

Mi pelo enmarañado ceniza cano artificial es como un racimo de niebla que va cayendo de mis párpados cuero cabelludo que se despega de mi cabeza y yo no veo. No soy capaz de ver más allá de lo que viene de lo que va. Somos muy pocos datos anotados en una ficha clínica mientras la auxiliar prepara un bol con agua caliente y el

champú de manzanilla manzana finas hierbas va tejiéndose con mi racimo enmarañado de niebla cano artificial que se deshace desenreda enmarañado no más el agua va cayendo tibia por el cuello y se pierde pero ya no siento cuando se pierde porque la cama es también parte de mi cuerpo arrebatado en una ficha clínica y ya no somos más que números en una hoja blanca con líneas por llenar.

Siento el agua tibia resbalando por mi pelo.

Aroma finas hierbas se deshace con la imagen de la auxiliar y se desintegra en un suspiro de niebla. La habitación es blanca, bien blanca, mientras todo se desvanece.

Voy caminando por la... Mucha gente. Providencia a eso de las tres y media de la tarde. El piso se derrite, las suelas plásticas quedan adheridas. Eso que se pisa, duro. La gente apoya los pies y camina no en la calle. Se opone, transita, deambula y termina en semáforos. Verde rojo, verde rojo. ¡Amarillo, cuidado! Nos detenemos. Voy caminando por Providencia, son cerca de las tres y media de la tarde. Me aferro a una carpeta con poemas que leerán más tarde. Mi bolso cruzado y cruzamos Salvador estación de Metro subterránea subsidio habitacional clase media, media pobre, media rica la gente vamos todos en direcciones contrarias y si nos topamos es porque nos estorbamos. Hace calor y sudo. La gota cae por mi patilla Lindo día y trato de recordar.

Veo hombres con camisa y corbata, mujeres con cartera y traje de dos piezas. Providencia es siempre Providencia de allá para acá la gente deambulando caminando y no estás segura. Nunca estás segura si ya has visto al mismo sujeto cinco minutos antes o cinco minutos después te lo toparás de frente. En un paso peatonal líneas blancas, pies, piernas, pies, tacones contra el asfalto, clac clac clac, zapatillas pisando seguro, zapatitos lustrados de calcetines húmedos

en la calle, contra el asfalto, contra el calor sofocante del asfalto.

Voy caminando por Providencia con mis poemas en una carpeta que es amarilla, verde roja, amarilla y me van a leer cruzando la calle y un ruido feroz. Muertos eyectados arrojados y varios vehículos chocan. En mi cabeza voy armando el accidente. Junto los espacios y fragmentos. Me tiro al suelo. Me pego fuerte en el hombro. ¿Me disloqué? Caí sobre mi brazo mi costado la carpeta amarilla Rhein con mis poemas plastificada salta lejos.

Murmullo de voces.

¿Está muerta? ¿El tipo se arrancó?

Era un auto negro gris negro gris gris negro patente terminada en 04 GE o BE, pero yo sostengo mis poemas, los aprieto fuerte contra mi pecho y me arden los poemas porque los abrazo porque son míos y no me quiero despegar.

Lindo día aparece entre la multitud con su delantal blanco bien blanco y me mira con lástima. La gente me mira. Solo a mí me mira desde arriba. ¿Qué será de los otros muertos? ¿Qué será del accidente espectacular que mi mente armó en el instante mismo en que oí el ruido del relámpago sobre el asfalto?

Despierte, Ana María. Le van a lavar el pelo. En un rato viene la auxiliar.

Le van a lavar su pelo, Ana María, y esta agüita se va después a regar las plantas.

No suelto los poemas.

Aprieto fuerte contra mí los poemas. Mi poema aferrado: GEHP·04 Chile.

II

Abro los ojos y despierto en una cama blanca bien blanca.

Mi cuerpo es un poemario donde quedó grabada la patente del auto que me atropelló y se dio a la fuga. El conductor iba a tal velocidad que el impacto me arrojó ocho metros sobre la. Trato de. Pisar peatón. Chicle peatonal.

La cirugía es a las ocho treinta.

Su piel se ha secado tanto. Se ha vuelto rugosa.

¿Le van a recomponer la pierna? No se sabe.

¿Y el daño neurológico? Se evalúa si sale del coma.

El fiscal pasó en la mañana.

Se llevó la patente del auto.

Pobrecita, la tenía abrazada y no quería soltarla. Al menos le van a recomponer la pierna.

Pero el rostro desfigurado no tiene cómo.

Y es tan joven.

¿Estará casada?

¡Ay, niña! Eso no se estila.

¡Qué sabes tú, oye!

Ya, mejor váyase a trabajar, señora, que ahí viene el doctor.

Me voy. Me voy.

No se le vaya a perder la Clorinda. Cómo está la.

Ana María.

¡Ana María! Quedó horrible. ¿Cómo se salvó? De milagro no más.

No sé cómo vamos a proceder acá. Doctor, no diga eso. Pobrecita.

A veces, cuando ocurren este tipo de accidentes, sobrevivir es incluso peor que la muerte. ¿Tiene familiares?

Un amigo. La familia vive en Alemania.

Mi familia vive en España. Alemania es un país que no conocemos. Lindo día dice Alemania por decir algo.

Europa-Alemania-Francia-España, al final de cuentas da lo mismo. Jet lag jet lag efecto Coriolis y no saber si hay

que dormirse o despertar. Musiquita ambiental Hospital Clínica Alemana. 14:00 horas horario de visitas. Tengo un cuello ortopédico y recién ahora me doy cuenta de que mi pierna. No la siento y no la quiero ni mirar, pero no veo en realidad no estoy viendo nada. Solo imágenes de cómo era mi pierna, mi pelo ceniza, mi cuerpo. Mi anatomía no obedece a mi nuevo estado vegetal.

Un atropello que quise pasar por accidente, pero sobreviví.

Tengo grabada la imagen de los dos hombres.

Sobreviví.

III

Juan Pablo llega a informarse de mis novedades con el enfermero Lindo día. Juan Pablo que hace diez años me juraba amor eterno. ¿Cómo dieron con él? ¿Cómo dio él conmigo? Ingresa a la habitación con un mocaccino en la mano y todavía humea. Es Juan Pablo quien atiende, conversa, calcula. No me mira. Responde, asiente y no me mira. Se va. Se va con el café aún humeando en su mano derecha izquierda ambidiestra y no me mira.

¿Es acaso mi pelo color ceniza?

¿Te espanta?

¿Mi pierna por reconstruir? ¿Te espanta?

¿Es acaso Lindo día? ¿Te espanta?

¿Es acaso la cama blanca bien blanca? GEHP·04 grabado en mi cuerpo te espanta.

El doctor menciona muletas y ocho-nueve-diez-once-doce-trece-catorce meses de carga rehabilitación cadenas ataduras obligación pena compromiso cariño deber moral culpa-retribución-explicación-lástima.

Tal vez eso te espanta.

Juan Pablo llega y me dice pobrecita. Cómo estás, pobrecita. Saldrás de esto, pobrecita. Es él. Llega y se sienta a mi lado. Bebe su café humeante mocaccino con ese vapor que se funde con las cortinas blancas de la habitación.

¿Cómo estás, Juan Pablo? ¿Qué haces aquí? ¿Hace cuánto que no? ¿Cuándo fue la última vez? Y no respondes, me miras, pero no respondes. ¡Por qué mierda no respondes! ¡Qué te hice que no respondes!

¡Estoy muda, Juan Pablo! ¿No fue suficiente ignorarme todos estos años? ¡Por la mierda, Juan Pablo!

¡Blanco! ¡Día! ¡Pierna! ¡Paso peatonal!

¡Pelo! ¡Poema! ¡Carga emocional!

¡Obligación! ¡Culpa! ¡Juan Pablo! Duele.

¡Juan Pablo! ¡Juan Pablo!

¡Enfermero! ¡Doctor! ¡Enfermero Lindo día! Duele.

¡Atrás! ¡Atrás!

¡Lindo día!

¡Rápido!

¡Adrenalina!

¡Lorazepam!

Hay un alboroto en la sala y siento los pasos de la gente que corre, se mueven muy rápido, viene la gente y se va. Entran, salen. Los enfermeros van saliendo. Salen. Ya no hay tanto ruido en la habitación blanca bien blanca que se desvanece. La cirugía se complica, debe ingresar a pabellón de inmediato. Sus voces ahora son susurros lejanos, tras la pared hablan de mí, de mi accidente y no soy capaz de interpretar la información en esta niebla que me impide seguir mirando, oyendo y mis párpados se vuelven a tornar pesados y el tiempo se dilata, los minutos se dilatan, los segundos también se dilatan en el tubo fluorescente parpadeando.

IV

Veo luces. No veo luces. Fuego atravesar mis párpados como un visillo protector de partículas de polvo y no de luz.

Ruidos metálicos se van acomodando en una bandeja cromada. Alicates, pinzas, cuchillos, martillos, sierras, tuercas, muchas tuercas acomodadas en un espacio reducido de mi pierna.

No siento dolor. No siento nada más que ruido y unas manos moviéndose, hurgando, abriendo, cortando, quemando grasa, cauterizando capilares. Olor a carne chamuscada. Huesos. Huesos machacados y reacomodados tratando de fijar una posición para proceder a rearmar desde ahí. El hueso es el punto de partida. El hueso es el comienzo de todo, el final de todo. El origen está en los huesos, la información está impregnada en los huesos, la historia siempre queda escrita en los huesos.

Se complica la cosa. Necesito succión acá. Más gasas, enfermera.

¿Cómo están sus signos vitales?

Hay que hacer palanca en el hueso. Necesito ayuda.

¿Y dejarla morir?

Un nervio se interpone entre el material quirúrgico y el punto de incisión. Cartílagos que se quiebran y crujen. Unir aquí, deshacer allá. Reconstruir una pierna desde la médula parece una tarea imposible. Los cirujanos asumen una labor de dioses, dioses caprichosos, egoístas e indiferentes que permiten que a una mujer la atropelle un hombre.

Suena el teléfono celular. Se distrae el hombre en el auto. Providencia. Verde rojo, verde rojo. Un Diputado de la República en el asiento de atrás.

Los cirujanos siguen con su tarea. Pienso en la muerte como posibilidad.

V

Ana María, el día de tu accidente yo había quedado con Camilo a eso de las tres y media de la tarde en Plaza Italia. Atrasado como siempre. Cruzo por Salvador y veo al vehículo impactar sobre la vereda. Había varias personas. Corro y saco mi teléfono para tratar de grabar algo y compartirlo en las redes. Sé que es un poco idiota, pero alcancé a grabar la patente del auto que se dio a la fuga. ¿Cómo iba a imaginar que serías tú la que estaba tirada en el piso con la pierna irreconocible? Tú, media inconsciente, medio muerta aferrada a la patente del auto que te atropelló. Acá en la clínica me contactó el fiscal y le entregué la grabación para iniciar el proceso que va a meter a ese tipo en la cárcel o, como es medio rico, me dijo el fiscal, lo más probable es que no vaya a la cárcel, pero sí tendrá que pagar una millonaria suma por si alguna vez despiertas, Ana María.

Mientras tanto, yo me encargué de los gastos y de llevar adelante este proceso, Ana María. El doctor me informó que esto tomará varias semanas. Hoy es el primer día de muchos. Afuera todo sigue como siempre, llueve de arriba hacia abajo, Ana María, por si eso te preocupa.

En el Congreso siguen discutiendo sobre cómo manejar el tema del aborto. Hay uno que se opone con fervor y que habla de las nazis abortistas. Es el jefe de la bancada opositora, el mismo que sale por la tele defendiendo a los curas pedófilos.

Mañana vuelves a pabellón para la reconstrucción de tu pierna y yo no sé si es el destino o son meras coincidencias, Ana María, las que me han hecho volver a tu lado. En todo caso, le dije al fiscal que yo solo me quedo hasta que despiertes. La condición es que no te digan que he sido yo el que ha venido a encargarse de todo. No me preguntes

las razones, porque ni yo mismo soy capaz de darme alguna explicación satisfactoria.

VI

El diputado que defiende a los curas es el que se dio a la fuga el otro día. El mismo que habla de las feminazis, Juan Pablo, ese con su chofer en Providencia y tu versión del accidente es incompleta. Tu versión de los hechos omite información fundamental. No vamos a salir de todo esto estoy segura de que no vamos a salir de todo esto porque no siento mis piernas no siento mi cuerpo y no soy capaz de nada más, Juan Pablo. El fiscal sabe y la patente entrega información y la grabación y los testimonios dicen mucho más que mis palabras.

Jamás he creído en la justicia porque jamás he confiado en los procesos que llevan meses años archivados fluyendo lentos a velocidad imperceptible a un ritmo inconcebible para las personas que vivimos apuradas que caminamos de aquí para allá en medio de la calle de un día en Providencia en la urgencia, la maldita urgencia que me tiene aquí en esta sala blanca bien blanca a un ritmo que no se condice con mi estado corporal, Juan Pablo, por favor, necesito descansar aunque sea un instante, aunque sea unas horas, dile a Lindo día que me inyecte eso que me hace volver a fundirme con la niebla que me va atrapando hasta que mi cabello color ceniza desaparece.

VII

Lindo día otra vez viene a lavarme el pelo. Se deshace mi pelo en los rastros de agua, en sus manos tan blancas. Ajusta la bolsa de suero e inyecta más medicamentos. Descienden

por la sonda e ingresan a mi cuerpo tendido por la mano izquierda.

Afuera hay un sol radiante, señora, dice Lindo día, mientras termina de secarme. Su amigo está afuera esperando a que me ocupe de usted. Bien guapo, señora, se nota que la quiere bastante, dice Lindo día mientras me va desenredando. Yo no veo un sol radiante. Lindo día apaga las luces y abre la cortina. Se retira. Son casi las nueve de la mañana en esta clínica.

Juan Pablo entra con un café en la mano. El aroma se me impregna, también ingresa a mi cuerpo tendido. Tendido se queda un instante dentro y escapa mi cuerpo. Tendido mientras partículas ascienden por la sonda, otras se mezclan con los medicamentos.

Buenos días, Ana María, buenos días, dice Juan Pablo ignorando la desagradable cacofonía de sus palabras. Tiene unos papeles en su mano izquierda. Tu pierna parece estar mucho mejor. Hay algo en su postura, algo en su voz que no me resulta familiar.

Traigo novedades de afuera, dice mientras se acomoda en el sillón. Subió el dólar, empieza comentando como si las fluctuaciones bursátiles me importaran. Las cosas no han ido del todo bien. Algunas pruebas se han perdido. Se comenta que ibas distraída, que cruzaste con luz roja. Algunos testigos se contradicen. Al parecer la estrategia es confundir un poco las cosas. No sé cómo va a terminar todo esto, Ana María. El doctor me comentó que no es seguro que puedas volver a caminar. Tampoco saben si volverás a abrir los ojos.

Te escucho atenta mientras vuelvo a pensar en la muerte como posibilidad. Poco a poco voy cediendo al efecto de los medicamentos.

Antes de dormir necesito contarte sobre el conductor y su acompañante. Yo sé quienes son, Juan Pablo. Sus rostros

grabados en mi cuerpo como la patente del auto que me atropelló.

Necesito que apuntes mi testimonio antes de volver a fundirme con el blanco de la habitación.

VIII

Mis pulmones están conectados a una máquina. Hay computadores a un costado monitoreando permanentemente mis signos vitales. Despierto. Lindo día no ha llegado. Mi pierna es un entramado de fierros, cables y tuercas. Vislumbro mi futura improductividad. Mi cuerpo incapacitado para todo orden de cosas. ¿Cuánto hay que pagar por esta clínica?

Luego las rehabilitaciones, los paliativos para el dolor. ¿Aprenderé a caminar? ¿Podré desplazarme y volver al aparato productivo?

Si hay una máquina que respira por mí, debe existir también una que hable por mí, que transmita mi versión de los hechos.

¡Dejen de lavarme el pelo todos los malditos días! Respirar por un tubo es lo más parecido a comer.

Soy una prótesis unida a este pedazo de carne. ¿Menos humana? Un entramado de músculos a medio formar devenidos restos de metal. Que mis manos respiren, que mis dedos se deslicen por la sábana para ir absorbiendo los nutrientes necesarios para este nuevo estado.

Hiciste bien en dejarme, Juan Pablo.

No soy más que una carga en estado vegetal. Mujer máquina vegetal.

Si tan solo pudiese contarte. Si existiese acaso una posibilidad de articular palabras, créeme que entregaría mis brazos o mi otra pierna por hacerlo.

Necesito. Ne-ce-si-to, entiéndeme, poder contarte todo.

No quiero un futuro de cables y conexiones. No quiero inspirar lástima. No quiero que me den el asiento en el metro ni impunidad para los responsables. No quiero ser espectadora de voces, Juan Pablo. No quiero que el enfermero Lindo día abra la ventana y me acomode siempre para que la luz del sol me llegue tamizada.

¿Cómo la ve, doctor? No muy bien. Depende por completo del respirador. La verdad de las cosas es que la reconstrucción de la pierna, a estas alturas, se transformó en una labor innecesaria. Voy escuchando mientras asumo mi nueva condición humana-vegetal y siento como si de mí brotaran raíces queriendo abrazar la tierra.

¿Viste el partido anoche?

¿Dónde queda neurología?

Vamos por un café a la sala de espera.

Al doctor Valentín Zavala presentarse en oncología, al doctor Valentín Zavala presentarse en. ¿Hay que pagar por el estacionamiento? ¿Una o dos de azúcar? ¿Dónde queda el baño, señorita? Mire qué bonitas las plantas, le dan algo de vida, algo de verde a estas salas oscuras. Paciente Richard Maldonado dirigirse al Box 6, paciente Richard Maldonado dirigirse al.

¿Piensan las plantas, Juan Pablo?

¿Sienten las plantas o están ahí para cumplir su función decorativa?

Mis brazos conectados a sondas se pierden en un entramado de cables. Me nutren las sondas directamente, son extensiones de mi cuerpo. Siento a través de ellas, respiro a través de ellas. Lindo día abre las ventanas como si me faltara algo de sol, como si las partículas de luz revitalizaran mi piel más muerta que viva.

Me angustio a través de las sondas. Intento gritar a través de las sondas.

Tengo incrustado su rostro en los tornillos que articulan mi pierna, en los cartílagos fragmentados, en las letras arbitrarias de mis poemas. Juan Pablo, puedes encontrar su nombre en mis huesos que son siempre portadores de información.

Las luces se apagan, las voces se van callando. Es la niebla blanca bien blanca que ingresa por los tubos. Se cristaliza la sangre y se funde con la niebla. Lindo día y Juan Pablo desaparecen tras el peso de mis párpados. Mis músculos se tensan, se van cerrando los poros. El oxígeno que antes ingresaba exiguamente suspende su circulación. Mi conexión con la máquina se entorpece, se interrumpe la simbiosis. Me siento liviana, más ligera, como una planta que reposa sobre un estanque de agua, como un filodendro que decora un poco, solo un poco, esta lúgubre habitación.

Contra la estampida

Paulina Correa

Tenía cáncer, lo sabía hacía una semana.

No era que se diera por vencida, pero quería hacer una pausa, darse permiso para no ser racional, hacer justo lo que no debía.

Había puesto en la maleta ropa que quizás no usaría más. Era su viaje al fin del mundo, el de su propio mundo.

En el taxi leyó al descuido la portada del diario que insinuaba la proximidad de la pandemia.

Lo dejó y fijó su atención en la calle. Los últimos meses habían dejado huella en los muros; una primera ola que había remecido la ciudad desde la movilización de la gente, la ola que venía era invisible, pero la sentía en la piel.

El aeropuerto estaba medio vacío, el vuelo lo habían pasado a un avión más pequeño y sintió el miedo de siempre en el estómago. Sin embargo, no era momento de cobardías, se sentía como un animal que corre en sentido contrario en una estampida, y así y todo quería hacerlo.

Él estaba parado en el hall con su maleta, esa complicidad íntima en aquel momento de locura.

Mientras todos pasaban cubiertos con mascarillas, se besaron como siempre. Ella sabía que era el último viaje. Se lo merecía, ni por buena ni por ningún mérito, solo porque quería seguir viva, viva a su manera, hasta el final.

Las turbulencias parecían eternas y continuaron incluso cuando la ciudad ya se veía por la ventanilla; él, cariñoso, trataba de calmarla.

Salieron del hotel y se dirigieron al mar de inmediato, con esa urgencia que se había instalado en todo. La gente caminaba relajada por el borde de la playa.

Hacer el viaje era también hacer la romería habitual por los lugares de rigor; pasaron ese primer día tomando fotos, sonriendo, jugando a la normalidad. Al atardecer, como en un cuento de hadas y brujas, un vendedor les comentó que cerrarían las playas al día siguiente.

Al caer la noche se quedaron ahí sentados, con la ilusión de que nada podría perturbarlos.

Había querido estar con él en algún lugar que tuviera aún aroma a vida, así al día siguiente fueron a una playa aislada. El mar, las sonrisas, una caricia en el pelo de él y ya todo había valido la pena.

En el celular entró un mensaje de la línea aérea anticipando el vuelo de vuelta para tres días; aceptó, llenó el formulario y volvieron al hotel, donde la gente ya no era la misma. Los vendedores pasaban y los turistas ya no compran recuerdos por el miedo a no tener futuro.

Esta vez el paraíso no era suficiente escudo, no había blindaje.

La última noche se sentaron en un lugar frente a la playa, sintiendo la presencia del otro. Comieron en uno de los pocos lugares que seguían abiertos. Ella miró los ojos de él y supo que la vida es hermosa, aun en medio de todo.

Como una película que se rebobina, volvieron al aeropuerto, esta vez casi vacío, salvo por un grupo que protestaba, porque no tenían vuelo para dejar el paraíso y volver a su país.

Por primera vez, ella vio el riesgo. O más bien, vio que para él no era justo quedar en el limbo, que merecía ver los capítulos siguientes y que para eso tenían que volver.

El aeropuerto fantasma se los fue tragando hasta llegar a una puerta de embarque en que se agolpaban los únicos viajeros de ese día.

Pasaban las horas y el vuelo se atrasaba. A ella le pareció tarde para pedir perdón por llevarlo al borde de la nada.

Entonces llegó un grupo grande de pilotos y azafatas, muchos más que los necesarios para ese vuelo, y embarcaron con ellos como pasajeros. El capitán saludó e informó que era el último vuelo que saldría en mucho tiempo. Ahí quedaban como aves gigantes los aviones abandonados.

Ellos se abrazaron, se besaron. Ella lloraba y descubrió que tenía ganas de seguir, de pasar por esto y seguir con él el resto de su vida, aunque no supiera cuánto tiempo sería.

Quedaban cuatro horas para llegar a Santiago y a lo que llaman realidad.

Extranjeros

Rodrigo Torres Quezada

Entró a casa. Antes de tomar asiento para servirse la once junto a su familia, el padre extrajo de su bolso un conjunto de revistas que colocó de sopetón en la mesa. Al ver las imágenes todos sonrieron, aunque también dejaban demostrar su extrañeza. El padre tenía una sonrisa que se paseaba por el rostro, convirtiendo sus mejillas en unas bolsas gelatinosas que se movían con el combustible de la alegría. El hombre llevó una mano hacia las revistas y las palpó con vehemencia.

—Adivinen: me han adelantado las vacaciones. Y apuesto a que no descubren dónde iremos.

La familia se observó entre sí, entusiasmada. La niña se llevó las manos a la cara presa de un rosado que indicaba dicha. El niño hizo un movimiento de brazos, en afán de realizar un pequeño baile ritual. La madre no paraba de mirar y hojear las revistas a la vez que decía:

—¡Qué hermoso!

—¿No estás bromeando, mi amor?—. La mujer estaba en un éxtasis divino. Mostró una de las revistas a su esposo.

—Por supuesto que no —exclamó él con los brazos abiertos—. Este será nuestro nuevo destino.

Los niños rompieron en gritos de alegría. Se levantaron de sus asientos y rodeando al padre dieron saltos que luego repartieron por el resto del hogar. Afuera, se escuchaban ladridos, gente hablar fuerte y gatos corriendo por el techo.

—Preparen sus cosas, mañana mismo nos iremos —dijo el padre.

El viaje fue tranquilo, salvo por una pareja que no podía hacer callar a su bebé y un hombre ebrio que murmuraba

solo. Los niños observaban por la ventana e indicaban cada cosa que aparecía ante sus ojos comentando lo increíble que era presenciar aquello que solo habían visto en revistas. Pensaron en lo que les contarían a sus compañeros de colegio y a la profesora cuando les preguntara acerca de sus vacaciones. Rieron imaginando a todos comentando que habían ido a la piscina o a la casa de algún familiar, mientras que ellos les dejarían con la boca abierta al narrarles las maravillas que habían visitado. Estos viajes no están destinados a cualquiera. Son viajes solo para los afortunados.

La esposa tomó la mano de su marido y la acarició. En sus ojos brillaba el agradecimiento por haberles brindado a ella y a los niños aquel momento increíble. Él era un buen marido, un buen padre. Siempre se había sacrificado por los suyos y esta no era la excepción. Fiel, responsable, optimista ante todo, había ahorrado el suficiente dinero para poder otorgarle a los suyos aquel instante de alegría. Se imaginó entrando a restaurantes exclusivos, visitando edificios y obras escultóricas que solo había podido palpar en sus sueños. Levantó la mano de su esposa y le dio un beso. Esta, luego acarició el rostro de su marido.

Alojaron en un hotel cinco estrellas. Aunque el botones, que les prodigó una mirada acuciosa desde el cabello hasta la punta de los pies, no se los había pedido, de igual forma le dieron propina. Los niños saltaron arriba de las camas, encendieron el televisor y descubrieron cientos de canales satelitales que jamás habían visto en ningún hogar de algún conocido.

—¡Esto es el paraíso! —exclamó el niño.

El padre también quedó fascinado al ver canales para adultos. Observó a su esposa y le guiñó un ojo. Esta se sonrojó y le tiró un beso. El ventanal daba la vista a grandes casonas de estructura neoclásica y a una iglesia barroca.

El marido rodeó con un brazo los hombros de su mujer y observó todo aquello con aires de satisfacción. A pesar de que querían recorrer el lugar lo más pronto posible, por capricho de los niños pidieron comida para la habitación. Un menú muy elegante estaba puesto sobre un velador de madera finamente acabada con relieves de representaciones griegas y bizantinas, y con él hicieron sus pedidos. Muy rápido llegaron dos mucamas con la comida. Observaron a la familia con curiosidad. Ambas se hicieron gestos por lo bajo. El hombre de familia se dio cuenta de esto y se apresuró en dejar en claro las cosas.

—Disculpen. Puede que les parezcamos extraños. Sucede que no somos de aquí.

Las mucamas se avergonzaron. Bajaron la cabeza unos instantes y luego destaparon las bandejas, soltando un aroma exquisito.

—Aunque supongo que la mayoría de los que alojan en este hotel, no son de la zona —agregó la esposa cuando ya todos parecían haber olvidado el asunto.

Las mucamas asintieron y volvieron a bajar la cabeza. Parecía como si llevaran en las espaldas el saludo japonés o hubiesen tenido que cargar toda la vida con muebles invisibles. Al salir de la habitación una le dijo algo al oído de la otra. Entonces ambas rieron. Rápidamente el hombre las siguió.

—¡Hey!, esperen.

Las mucamas se desconcertaron. Volvieron a agachar la cabeza.

—Se me había olvidado darles propina —exclamó él, haciendo un ademán orgulloso.

Las dos mucamas se miraron y sonrieron.

—No es necesario —dijo una, luego de lo cual ambas se retiraron. Siguieron hablándose al oído.

Fueron al restaurante más caro de la zona. Aquel que salía en todas las revistas que habían atesorado por tanto tiempo. Estaban anonadados por el lujo, extasiados por la estética y la finura que exhalaba cada poro del lugar y de quienes iban a él.

—¿No es esa una actriz? —indicó con emoción la esposa—. Sí, me muero, no lo puedo creer.

La actriz estaba cerca de la mesa de la familia. Hablaba con un grupo de personas de lo más relajada. Mientras, los niños miraban a uno y otro lado con la curiosidad de unos recién nacidos. Se acercó un mozo con el menú. Este, de reojo, observó a otro mesero y este a su vez al encargado de local. Luego que la familia pidió sus platos, el mozo se retiró con un rostro inquisitivo. Al rato, apareció el encargado.

—¿Les están atendiendo? —preguntó.

—Sí, muchas gracias. Déjeme decirle que aquí todo es excelente. Muchas gracias. Ambiente perfecto —exclamó el esposo, como si leyese un libreto pronunciando cada palabra con un tono pausado, pero con carácter.

—Perfecto—. El encargado los observaba una y otra vez—. Como veo que todo está en orden, vuelvo a mi lugar de trabajo. Con su permiso.

El hombre se alejó. Al llegar al mesón principal dio un gesto a sus trabajadores para transmitirles que todo estaba bien. Así, pronto llegaron los platos que la familia había pedido. La actriz les observó un momento. Luego, siguió con su conversación.

—¡Ya, familia! Que todas las horas aprendiendo cómo hablar y cómo comer, valgan la pena —dijo el padre.

Entonces, con extrema delicadeza, todos almorzaron como si hubiesen sido clientes habituales del lugar. Un mozo sonrió. Al final del almuerzo la niña preguntó:

—Papá, ¿qué fue lo que comimos?

El hombre adoptó una posición afectada en su asiento. Levantó su vaso de vino y lo examinó a la luz de las lámparas.

—Eso es lo de menos, hija. Eso es lo de menos.

Y llegó la hora de la visita guiada. La familia armada de sus mejores atuendos y una cámara fotográfica prestada por un amigo del padre, se unió al grupo compuesto por personas que hablaban diferentes idiomas, realizando la atmósfera cosmopolita que tanto deseaban sentir. Había suecos, croatas, israelíes, estadounidenses, italianos y franceses.

—Esto no lo puedo dejar pasar —dijo el hombre emocionado—. Tenemos que sacarnos una foto con ellos.

Como pudo, le pidió a un grupo que posaran para la foto. Estaban extrañados ante la insistencia, pero accedieron. La esposa tomó la fotografía y luego agradeció llena de felicidad.

—No lo puedo creer, mis amigas se van a morir de la envidia— dijo ella.

El guía los llevó a conocer diversos edificios e iglesias de más de doscientos años de antigüedad. Las ojivas y los relieves se fundían junto a arcos y vitrales que parecían traer un mensaje de opulencia desde el principio de los tiempos. También conocieron fuentes en donde angelitos echaban agua por sus partes castas, como en aquel lugar paradisíaco. El guía le mostró al grupo los edificios en donde tenían dependencias las empresas más importantes e innovadoras.

—Además de su exquisita impronta de arte escultórico, esta zona se precia también de contar con gente que destaca por su amor a la cultura —exclamó el guía, haciendo que el grupo pusiera atención en las personas que en distintos cafés hablaban de economía, arte y literatura. Muchas de aquellas personas leían y comentaban los libros mientras bebían una taza de café.

La familia estaba maravillada. La mayoría de quienes vivían ahí eran seres humanos bellísimos, rubios, ojos verdes o azules, altos, llenos de prestancia, con buen tino en el vestir y movimientos gráciles y elegantes. De pronto, un hombre de lentes, chaleco cruzado en el pecho y que tenía una sonrisa perfecta, entonó una canción:

—El pueblito se llama Las Condes, y está junto a los cerros y al cielo... Campesinos y gentes del pueblo, te saldrán al encuentro viajero, y verás cómo quieren en Chile al amigo cuando es forastero.

El esposo quedó impresionado. Se apartó unos instantes del grupo y se acercó a la persona. Con respeto le tocó un hombro. El aludido le observó con desagrado.

—Disculpe... Lo escuché cantar unos versos que se me hacen conocidos. ¿Es usted chileno?

El aludido sonrió como si la pregunta fuese una necesidad.

—Claro.

El padre de familia se despidió haciendo una pequeña reverencia. Luego, le dijo a su familia que se despidiera del hombre también presentando sus respetos. El tipo mostró indiferencia y volvió a su conversación.

Pero, como todo lo bueno en la vida, hubo de llegar el fin de las vacaciones. Mucho aprendió la familia de aquel lugar tan lejano. Al volver a su hogar se sintieron como astronautas que han visto la magnificencia del universo y luego deben regresar a la opacidad de su mundo. Se sentían como santos que han probado el éxtasis divino y después, sin desearlo, caen de nuevo a la realidad sombría, a la caverna de las sombras. Así, el regreso a la población les trajo otra vez a los drogadictos en las esquinas, los balazos, las peleas entre pandillas y la fealdad de lo primitivamente humano. En su hogar rememoraron esos días en donde vieron el paraíso, en donde conocieron a la gente linda que

por unos segundos se dejó observar, y se entristecieron al darse cuenta de que era probable que nunca más irían a un santuario de la belleza como lo era aquel sitio.

—Papá—. La voz de la niña sonaba melancólica—. ¿El próximo año iremos a otra parte parecida?

—No creo, hija. Las Condes fue y será nuestra gran visita al barrio alto. Podría ser Lo Barnechea, pero para ello tendría que volver a reunir dinero. Por ahora confórmate con el recuerdo, hija.

El hombre tomó un pedazo de pan y lo remojó en su sopa.

Tarde otra vez

Vanessa Parada

Como tortuguitas asfixiadas, en un trópico túnel del centro de Santiago. Cuidando la mochila, mirando el celular. En cualquier momento comienzan los peldaños, en cualquier momento mirando hacia abajo. Un codo me hace cariño. Son cariñosos acá, todos te tocan como dándote ánimos para avanzar, un empujoncito para empezar el día.

A dos cabezas de mí comienzan a desaparecer las que anteceden. Ya me toca y me uno al paso pasito, que te piso y no te piso. Logro sortear una maleta, un bastón, un coche y la panty sigue intacta. ¡Puntos para mí!

El suelo ya no se dobla bajo mis pies y estiro las piernas lo que más puedo, sin correr para alcanzar mi objetivo: llegar a la hora cueste lo que cueste. Un tren se ha detenido y, aunque correr es una opción, a pesar de la falta de dignidad y elegancia que significaría, solo puedo avanzar lo que me permite la masa. La gente se mueve más rápido, ¡qué alegría! Puedo ver cómo las puertas se cierran con sobrecupo de pasajeros, todos en divertidas posiciones. Marionetas. Y es que para alcanzar a subir hay que calzar en el espacio interpersonal de los demás.

El tren desaparece y ya puedo ver el borde del abismo. Antes de vivir acá nunca pensé que algo así me diera una satisfacción tan grande. Ver la línea amarilla, tenerla al alcance. Seguro que en la ciudad de Oz sería algo más que normal.

Me pongo en marcha con mi imponente uno cincuenta de estatura y me escabullo entre cinturas, pechugas, potos y guatas sin sentido del espacio. Primero lo escucho, ahora ¡lo veo! Mi carruaje se acerca, es... ¡uno vacío!

¡Detrás de la línea amarilla! Y la efervescencia del momento me impide obedecer. Aquí, delante de la masa, estoy a su merced.

Solo queda esperar a que abran las puer... TAS. Entro con la gracia de un escupitajo, deben saber que voy atrasada, qué atentos son. Te ponen en tu sitio y te afirman para que no te caigas. Aunque en realidad no te caes porque no hay hacia dónde. Apretada como tripa de cordero listo para asar, llegaré, por la razón o la fuerza. ¿Dónde más se puede ver esta frase tan bien ejemplificada?

Suena un celular y tristemente es el de la mujer que aplasta mi pechuga. Tristemente porque, ¡ay!, me da con su codo para poder sacarlo del bolsillo. Estoy dentro, ya queda menos. En una posición poco cómoda, justo bajo la axila del que no compró el desodorante adecuado a su pH, pero al menos hoy no me tocó un pene en la espalda o un moño de moda en la nariz.

Ya van dos estaciones y nadie se ha movido, seguro todos bajan en la combinación. Se acerca el momento y alguien se tira uno silencioso. Lo que me faltaba. Baños deberían haber en las estaciones. ¡Por la mismísima virgen, qué altura más adecuada tengo, justo para saborear los hedores de la humanidad! Puaj. Necesito moverme, necesito aire.

Me armo de codos, rodillas y tacos, y parto a hacerme de un hueco más placentero. Siempre en movimiento, siempre dispuesta a afirmarme de algún buen samaritano. Frena, acelera, frena, y le dejo un arañazo al brazo de alguien. ¡Perdón! No miro atrás. Solo tengo ojos para el mágico lugar que me espera, mientras una multitud baja del carro. RÁPIDO, antes del rebote, antes de que se llene otra vez.

Es ¡mío! El lugarcito perfecto, justo al lado de la puerta, protegido por el pasamanos. Nací prediseñada para este espacio. Ya nadie me empuja, ya no tengo que mirar ni

rozar “cinturas”. Dejo la mochila en la entrepierna y saco el librito que reemplaza el paisaje por uno más agradable. “Poemas de Metro”, dice el título. Podría haberlo escrito yo. Paz. Leo un verso y recuerdo que voy tarde. Tarde sin poder ir más rápido. Qué poca influencia tengo en mi propia vida, todo depende de otros, de la tecnología y la maquinaria social.

Al fin, la luz de la estación entra portentosa por los ventanales del vagón, se abren las puertas de mi destino y, con una ráfaga de viento ondeando mi grácil cabello, doy un paso hacia la libertad. Por supuesto, afuera ya hay un gran grupo de personas esperando entrar sin el verbo esperar en sus mentes. Permiso, permiso, ¡PERMISO! Libertad y la conchesumadre. El tiempo se me escapa y el zoológico ha decidido soltar a toda la fauna en MI estación. Pero no importa, el esfuerzo valdrá la pena, solo espero llegar.

¡Escaleras! Me señalan el camino, pero así de llenas son una lata. Es una pena tener que subirlas con la ternura de una anciana. Mantener la distancia, sin pisar al compañero. ¡Hey! ¡Sin pisar al compañero! Mi panty, señor, mi panty. No digo nada porque voy tarde, pero ser atacada con un zapato por un hombre sin rostro... ¡Que indignación! Pida disculpas, pida disculpas. Uy, me miró, ¿lo habré dicho en voz alta? Me miró y no se dignó a pedir disculpas.

Veo mi oportunidad de adelantar y ¡toma zapatón! Mi taco debería dejarle una buena hinchazón en ese pie. Viejo care’ palo. Luego de obtenida mi victoria, corro hacia la salida D y veo la última porción de camino: una escalera mecánica que me elevará hacia lo divino. Saco el espejo, meto unas cuantas mechas en su lugar, limpio un poco el sudor, guardo el espejo. ¿Y mi panty? Intacta.

¡Qué aventura es verte! Todo está bien y creo que mi sonrisa lo dice. Camino lo más rápido sin parecer

desesperada, aunque lo estoy. No te he visto y te extraño, pero al parecer ya es demasiado tarde.

La pileta está sola, la gente pasa, pero nadie se detiene, nadie espera. ¿Consiguiendo el diario? Miro al repartidor y nada. Las gotitas de agua saltan a mi ropa, estoy aquí, donde debía estar hoy, a esta hora. O bueno, antes, pero pensé que...

¿Tarde otra vez?, le escucho decir. Giro con torpeza, como me es natural y, ¡ay!, si pudiera besarlo. ¿Trajiste las carpetas con los expedientes?, me pregunta. Asiento y abro mi cartera.

¿Habrá notado mi peinado? Le entrego el montón de papeles y mi mano roza la suya. Con él sí quisiera ir apretada en el Metro, pero viaja en auto y siempre llega antes. Repasamos horarios y quehaceres de la semana en el café de la esquina. Sabe lo que me gusta, pero siempre me pregunta qué quiero. Es tan condenadamente amable.

Es lunes, “el terrible lunes”, el mejor día, con su pequeña burbuja de irrealidad. En el que, no importa lo que pase, siempre me saca una sonrisa y me hace olvidar. Hay tanto que cargamos por la gran ciudad y nadie puede verlo. Este es mi escape, algo a lo que aferrarme más allá de la rutina, de donde sacar fuerzas para luchar por un espacio en el Metro y por una porción de comida de la picá de la señora Berta.

La vida cansa, pero cuando pasa, pienso en él. En que, aunque llegué tarde a su vida, al menos la vida me dejó llegar.

El día del espiral

Alejandro Rozas

¿Por qué terminé con él? En verdad lo del Richard no fue la gran hueá. Duramos un par de meses, carreteando caleta, pero conociéndonos poco. El loco igual era tela. Entre nosotras: había sido maltratado por el papá. Mínimo su infancia de mierda. De repente era medio precoz, no sé si era producto de eso, aunque nunca se lo dije y tampoco me importó en verdad. De pendejos habíamos estado los dos pegados en drogas malas de pobla un tiempo, cada uno por su lado. Así que imagínate, era súper protector conmigo. Se hacía moneas y me iba a buscar al toque para que nos malcriáramos juntos, nos veíamos dos o tres veces a la semana y casi siempre terminábamos postre. Una vez nos hicimos unos piercing que se nos infectaron y después nos fuimos a chupar. Parecíamos boxeadores que habían perdido la pelea. Los demás creían que nos habíamos agarrado entre nosotros.

Era una hueá más o menos así. Hasta el día del espiral. ¡El día culiao ese pos, hueona! Estoy casi segura que ya te lo había contado ¿O se lo conté a la culona de la Marion? Bueno, ya ni me acuerdo, me están haciendo mal los porros de la villa. La cosa es que él, a pesar de verse agresivo y hablarle bélico a medio mundo, siempre fue preocupado y dulce conmigo. Me acompañaba a las tocatas y a veces nos metíamos juntos al pogo y se me perdía hasta que lo pillaba dándose empujones y algunos combos, entre mohicas de colores y borrachos gritando, y siempre se movía cerca mío, aunque le colgara la baba. Tenía una habilidad cuática que consistía en omitir a las personas y fingir que estábamos solos

en el mundo, aunque estuviéramos en el paseo Ahumada lleno de gente. Se sacaba la polera y la tiraba al aire, le cayera a quien le cayera. Cuando lo hueviaban los pacos, él me besaba delante de ellos y los dejaba con tragedia. Parece simple, pero el loco tenía la capacidad de que uno notara la diferencia, muy real, al punto que si lo seguía en la volada, la gente y el ruido alrededor desaparecían de a poco. Hay que decir que eso el hueón lo hacía bien. Tampoco era un canalla. Nos llevábamos bien, pero lo que pasó ese insólito día fue que, puta, estábamos metidos en una casa narco. Ahí cagó todo.

Sí, una casa de narcos, anda a saber cómo mierda llegamos ahí. Fingimos que éramos solo amigos mientras estábamos dentro. ¿Cómo era la casa por dentro? Es que te mueres, era un búnker culiao. Había una tele del porte de un camión, a todo volumen, reproduciendo un capítulo de *Breaking Bad*, y un grupo de gallos con un Jack Daniels lleno de stickers del duty free, comentándola cada cinco minutos. En el living no tenían ni una plantita, ni el más mínimo cuadrado decorativo, y los pocos muebles parecían salpicados sobre las paredes pintadas de celeste al peo. Los tipos hablaban enteramente fuerte sobre el significado del título de la serie. Lo tradujeron como “Volverse malo” y defendían que, al igual que el profesor White volviéndose Heisenberg, todos sin darnos cuenta estamos volviéndonos algo. Sin sentirlo, ni oírlo. Algo nuevo que ignoramos por completo hasta que ya lo somos.

Yo no me sentía tranquila, tenía un presentimiento de mierda. En mi cabeza no podía dejar de escuchar la intro del *Slip It In* de Black Flag, ese preámbulo del bajo histérico como que en cualquier momento iba a quedar la cagá. No quería ni apoyarme en las sillas con tal de irnos luego. Convídame un mentolado porfa, que me dan ganas

de fumar cuando me acuerdo. Había dos viejas teñidas de rubio platinado, llenas de oro, hablando por celular, paseándose por la casa. Una mina de ojos chinos, al fondo de la sala, revisaba a pie pelado una revista de grafitis. Tenía un moño negro y su mirada era brígida, así que trataba de analizarla de reojo. Me cagué de susto mirando al Richard transpirar al lado de un hueón que limpiaba una calibre 38 y otro, entre dominicano y afro, que lo miraba como con risa y cada cierto rato desenredaba los brazos cruzados solo para apuntarle con el dedo chueco a un tremendo espiral de coca. Adivina encima de qué se les ocurrió hacerlo: la tiraron sobre la imagen de la virgen de la Monserrat. Richard tragaba saliva. ¿Cómo que cuál Monserrat? Esa virgen negra, poh hueona, la protectora del hampa. Los locos le pedían disculpas y le prometían velas. Le hablaban con todo respeto a la imagen y al Richard lo trataban como la raja. Un pendejo flaco le decía que no fuera maricón y se mandara la línea culiá de un tirón, mientras recibía un montón de bolsitas, de manos de una de las viejas teñidas, y se las echaba a los bolsillos.

Hice un esfuerzo y pasé piola todo el rato, pero lo único que quería, en el alma, era irme. Mis ojos no hallaban dónde mirar. En la cocina, una mujer haitiana, o tal vez venezolana, cocinaba algo que olía rico y me miraba mientras revolvía las ollas. No sé por qué le miraba el muslo que tenía al aire y el culo oscuro que inflaba los pliegues de su falda blanca. Al comienzo solo decía: Qué guapa mujer, qué cuerpo. Pero, de alguna manera, con la adrenalina la hueá me terminó calentando un poco, para ser sincera. Puta, perdóname si no te ha pasado, pero no me gusta que me paqueen. Bueno, en esa estaba, disfrutando del volumen y el tono de la luz que reflejaba ese cuerpo, cuando me preguntaron si el Richard era mi pololo o andante o alguna hueá mía y yo dije que no,

de la manera más natural posible. Ahí me di cuenta que la había cagado, porque le perdieron el poco respeto que le tenían. Por dilatarla le llegó una cachetada en la nuca que le dejó el mohicano peinado para adelante. El afro se rio como enfermo y el Richard le tiró unos garabatos de medio lado, y aproveché y le hice unos gestos para irnos luego de ahí. Hice todas las muecas que hizo Jim Carrey en su carrera, conchetumadre. Pero en vez de hacerme caso, al ahueonao se le ocurrió la genial idea de tratar de cuenteárselos y revertir el escenario. Todos lo miraban con cara de póker mientras él decía que era un escritor emergente y que era parte de un incipiente movimiento de letras jóvenes de Santiago, y que iban a editarlo en Argentina. Decía que allá estaba todo pasando, que se hacían cosas choras. Parecía que le ponían atención, incluso el de la 38 sacó el sobre que tenía que entregarle y lo puso sobre la mesa, mientras le contaba serio al Richard, lo que detecté como ironía narco, que él igual había leído algunas cosas de un tal Jodorowsky. Eso bastó para que mi compañero se embalara. El huevón se juraba en un conversatorio dando la más insostenible de las latas. Llegó al punto de citar autores. Explicaba que el lenguaje crea realidades cuando el afro de bigotes le puso una ultra salvaje y certera cachetada en el cráneo y le gritó: JÁLATE LA HUEVÁ POS CONCHETUMARE, mientras el otro le acomodó la 38 en la sien y puso el dedo en el gatillo. Los demás en el living aplaudieron de risa y hubo un silencio tenso sobre si este huevón iba a poder con el espiral. Me sudaban las manos y las aireaba disimuladamente por detrás de la espalda. Creo que hasta recé un poco.

En ese instante, un nuevo Richard, lleno de determinación, agarró una luca, la enrolló y la puso donde se iniciaba la línea. Levantó la cabeza y dio un respiro. Todos contuvieron la respiración. Se inclinó y se pegó una jalada

que resonó en las paredes de esa casa demoniaca. Me dejó el alma suspendida en la punta del cerro. Yo dije este hueón se me muere aquí mismo. Yo dije, dios mío, un pololo se me murió jalando en una casa narco. Pero no. Contrario a toda lógica, se detuvo y miró hacia el horizonte con ojos de reptil, con el iris deformado, como si le diera algo en la cuchara. Imagínate que la polera de Misfits, la misma que me tironearon unos pendejos cuando fuimos a la tocata de Los Miserables, estaba espolvoreada de caspa del diablo. Quise agarrarlo de un ala y sacarlo cascando. Después de todo, aún éramos pareja, puta, andantes, lo que fuera. Algún vínculo había. Pero ya era tarde porque el pobre ya era el chiche de los narcos, el centro de atención. Le regalaban whisky, pos hueona. Le palmeaban hasta la espalda, como un campeón.

Se la mandó toda. Yo dije listo. Ahora rajamos de acá. Pero cuando me disponía a arrancar y no daba más de mafia entrando y saliendo, de las viejas rubias pasándose con el teléfono, de transas para allá y para acá, del culo de la negra desconcertándome, de los balazos de la tele sonando así full dolby estéreo surround y Walter White volviéndose malo, y tipos riéndose whisky en mano del Richard que moría de infarto; pasó algo insólito: afuera un tipo a guata pelá se paró en medio de la calle y lanzó dos gritos a rajapulmón:

¡Karina maraca culíaaaa!

¿Querís jugo siiiii o noo?

Todos se pusieron de pie y miraron a la china del mechón negro correr a su habitación y salir con algo envuelto en una toalla. Pasó soplada y me tiró para atrás de un empujón. El de la 38 y el del bigote salieron detrás de ella. La cocinera miraba preocupada secándose las manos con un paño.

Afuera el flaco, a torso desnudo, pantalón de buzo Adidas y la cara deformada, jugaba con dos rocas en las

manos, chocándolas, diciéndole a la del mechón: ¿Viste maraca que te iba a venir a buscar?

Se miraban fijo. El flaco respiraba inflando su tórax como un airbag. La chica de los ojos chinos, que al parecer era Karina, no respondía. El sol quemaba el concreto y no volaba una mosca.

Los del living cuchicheaban que era el miembro yonki de una familia rival. Le pusieron pausa al Blu-ray y miraban, arma en mano, a través del visillo de la ventana. Está cagado de la cabeza, decían. La china dejó caer la toalla y sacó una brillante katana negra, como un *Kagemusha* cualquiera. Con una mano retiró despacio la espada y con la otra tiró la funda hacia atrás. La empuñó a la altura de su cabeza y le puso su mejor cara de furia controlada, como en las películas de samuráis. Cuando el flaco vio la fiereza de esos ojos, sujetó las piedras y empezó a gritar. Estoy segura que se cagó de miedo. Los del living decían que el flaco se había tirado y que ahora sí que la Karina parecía la verdadera *Kill Bill* chilena.

Miré al Richard, que sapeaba con toda la nariz blanca, y le dije hueón, rajemos al toque de acá porque ahora sí que va a quedar cagá y media. El hueón todo pálido, con la jeta contraída, asintió, sin poder hacer funcionar sus cuerdas vocales. Agarró el sobre y me tomó la mano. Salimos caminando por la orilla de la escena, como si trepáramos por la cornisa de un edificio en llamas. Cuando nadie nos miraba, nos soltamos las manos y corrimos a todo lo que dábamos. Escuchamos una de las rocas golpear seco en un portón de metal (esta hueona de seguro la esquivó), seguido del sonido del acero contra la carne (esta hueona atacó) y unos alaridos de horror, al parecer del flaco insolente (esta hueona lo rajó).

Nos empezamos a reír enfermizamente antes de alcanzar la avenida Departamental. Sentía puntadas en el abdomen.

No podíamos parar. Yo reía por los nervios y Richard por lo jaladísimo que estaba. En la huida parecíamos hienas esquivando a los ciudadanos decentes que venían de comprar el pan o esperaban un colectivo. Éramos animales enfermos, perdidos en esta selva culiá.

Compramos un ron barato para bajar un poco. En el paradero, mientras jadeábamos, tomábamos preguntándonos si el flaco habría muerto. Abordamos una micro llena, pero Richard todavía podía hacerme olvidar la gente que había dentro de la máquina, los vecinos, la ciudad. La micro de pronto estaba vacía. Nos sentamos al medio, nos paramos y nos fuimos mejor a la fila de atrás. Di un sorbo que me quemó los pulmones y me recosté en sus piernas mientras él me acariciaba el pelo. Le pregunté a dónde nos íbamos ahora y lleno de risa me dijo: A Roma, porque según sé, todos los caminos llevan a Roma. Le dio un sorbo al ron mientras me miraba como cabro chico, jactándose de la cagada que tenía en la vida. La micro atravesó unos peladeros. Unas comunas extraviadas de Santiago. Almacenes, departamentos, casas pareadas, carreteras y panderetas con apellidos de candidatos políticos. Veíamos paisajes urbanos anocheciendo. Cerros deshabitados. Estábamos cagados sin vuelta, en una sociedad hipócrita y bajo la mirada de un dios muerto. Nada nos hacía sentido, así que seguimos bebiendo, sin chofer y en el delirio, por horas, hasta dormirnos.

Después de ese día, que me gusta llamar así, el día del espiral, me fui alejando de él. Y él de mí. Los dos, al igual que el profesor White volviéndose Heisenberg, sin darnos cuenta, nos transformamos en desconocidos.

¿Por qué terminé con él? Puta, en verdad no te podría decir el motivo puntual. Ni yo misma lo sé. Lo que sí recuerdo es la revista de diseño que la mina leía ese día: Joia. La busqué y encontré unos números en internet y otros

usados en los cachureos de la feria. ¿Me acompañarías a comprar dos chelas más? Yo invito.

¿El sobre? Buena pregunta. Nunca se me ocurrió preguntarle qué tenía adentro. ¿La polera de Misfits? Ah, bueno, esa polera de Misfits, que pinté con mis propias pezuñas de perra, el loco nunca me la devolvió.

Receta

Francisca Jeria Saavedra

En la cocina hay que tener una actitud del infierno.

Julia Child

Emma se limpia las manos en el delantal. Camina desde la cocina al living, toma un largo trago de vino y saca un cigarrillo que aspira con fuerza, un descanso en medio de la presión. Piensa en la cena que prepara y lo significativa que es para acabar por fin con los conflictos en su relación con Beltrán.

Una brisa agradable, casi perfecta, entra por la ventana que da al centro de Santiago y envuelve el pequeño y acogedor departamento, mezclándose con la fragancia de las rosas rojas de la mesa de entrada. En el tocadiscos Charly García canta: “Y si mañana es como ayer otra vez, lo que fue hermoso será horrible después”. Mira la carátula del vinilo y de forma avasalladora recuerda aquella tarde de vacaciones en Buenos Aires cuando Beltrán se lo regaló. Las pulsaciones y la ansiedad la invaden. Aspira con fuerza lo que queda de cigarrillo, mira la hora y vuelve a la cocina. Una vez allí comprueba que estén todos los ingredientes.

Bajo el delantal lleva un vestido rojo bellamente ceñido, que hace juego con los aros de plata que él le regaló para el primer aniversario. Toma su cuchillo Victorinox de medio golpe, lo aprieta con fuerza y mientras la filosa hoja atraviesa los vegetales piensa en la dignidad, en el solemne acto de rendición que se llevará a cabo una vez los platos estén servidos.

De cuantos gritos y llantos ahogados habían sido espectadoras aquellas paredes, cuántas veces escucharon las disculpas de ella y a Beltrán prometer que se largaría para siempre. Pero la misma historia se repetía. Y gracias a que Emma era perspicaz en la cocina, las innumerables reconciliaciones eran gracias a los platillos y al fiel vino tinto. Desde joven encontró en la cocina una salida a sus ansiedades y a esas terribles inseguridades que le cavaban un agujero en sus entrañas.

Una vez picados los vegetales regresa al living, prende otro cigarrillo y busca la receta en el computador, otra vez. Mientras lo hace no puede evitar ver las fotografías de ambos. Mira las del cumpleaños pasado y recuerda como si fuera ayer ese fatídico 3 de octubre, arruinado por su cuñada, quien invitó a esa amiga que no dejó de coquetearle a Beltrán. No había sido su culpa, como decían todos. Aún sentía esas miradas inquisidoras, la torta en el suelo y ella llorando frente a todos.

Cierra los archivos y solo deja la descripción de la receta.

“Corazón de res al vino tinto:

1 corazón de res.

1 Cebolla morada.

1 hoja de laurel.

1 zanahoria.

2 dientes de ajo.

Tomillo.

Sal y pimienta.

Vino tinto a gusto”.

A Beltrán le fascinan los champiñones, por lo que no duda en incluirlos. Mientras corta no puede dejar de pensar en lo ridículo que ha sido al decirle que la dejaría para siempre, pero confía en que después de esta cena no habrá manera de alejarse de ella.

Toma la tercera copa. Piensa un poco con el efecto del alcohol, y destapa el plato donde se encuentra aquel órgano algo destrozado. Lo siente más vivo que el propio, hasta lo cree aún latir. Un mareo viene de golpe, junto con el más vívido de los recuerdos. Sus dedos hundiéndose en aquel hueco de sangre caliente, sintiendo como si se estuviesen quemando, al mismo tiempo que arranca la humanidad a aquella arquitectura de carne.

Cierra los ojos y nuevas imágenes irrumpen, vuelve a revivir a Beltrán con los ojos desorbitados de terror suplicando mientras ella, clavando el Victorinox con una fuerza descomunal, le jura que jamás se separarán. Una vez que vuelve en sí, mira la receta, toma el corazón con delicadeza y lo introduce en la olla. Agrega uno a uno el resto de los ingredientes. Vierte la mitad de la copa de vino en su interior, mira fijo cómo se empieza a cocinar, su rostro impávido se empaña por el vapor de la olla, la tapa, lentamente, suspira profundo, ha saltado la aguja del tocadiscos, el silencio inunda la casa, bebe y piensa en cómo se verá la mesa adornada por las rosas rojas.

Velcro

Martín Sepúlveda

“Tu perro se cagó en mi casa de nuevo”, se había convertido en la frase que daba inicio a todas las conversaciones entre Manuel y Juan Pablo, el vecino de la casa del fondo. Nunca hablaban por más de treinta segundos, durante los cuales discutían de la posibilidad de que Velcro, el bull terrier de Manuel, hubiese podido salir del patio trasero de la casa para meterse en la de Juan Pablo. Siempre terminaba con la amenaza de echar al perro y a su dueño del condominio, seguido de un portazo.

Luego de cada discusión, Manuel se dedicaba a revisar todas las entradas y salidas de la casa para descubrir cómo se había producido el escape. Velcro lo seguía por toda la casa y siempre se terminaba delatando cuando se detenía frente a un lugar específico y cerraba el hocico, nervioso. “Puertas reculadas”, decía siempre su dueño, prometiendo arreglar bien los pestillos, lo cual nunca había pasado ni pasaría.

Los días jueves, Manuel iba al departamento nuevo de Camila, para verla a ella y a Javiera, su hija. En general hablaban un rato, él tomaba a su hija en brazos, a veces Camila les tomaba una o dos fotos, luego la acostaban en su cuna y se besaban. “Vamos a la pieza”, le decía siempre Manuel, y algunas veces lo hacían. Iban a la pieza, hacían el amor y luego se sentían mal. Pero la mayoría de las veces ella le decía que no, que “es mejor que te vayas, por favor”, y él insistía, y ella también. Esas veces, en general, terminaban con una masturbación rápida, él iba al baño a limpiarse y Camila lo esperaba con la puerta abierta para que se fuera.

Uno de esos jueves, de regreso, mientras se abría el portón eléctrico del condominio, Manuel vio que Velcro estaba suelto y corriendo hacia él. Al llegar a la puerta de su casa encontró un sobre pegado a la altura de sus ojos. Lo abrió sin entrar a la casa.

“Estimados vecinos: La situación por la que escribo no puede seguir siendo obviada. Solo durante esta semana el perro de la casa 3 ha entrado cinco veces a mi casa, defecando en mi jardín y hasta dentro de mi comedor. Sé que no soy el único que ha tenido que lidiar con esta situación, pues el otro día me encontré con que el animal había traído cojines de la casa 1 hasta la mía (Marcela confirmó que los cojines eran suyos y que había excremento de perro en la entrada de su casa). Es por esto que pido, con el apoyo de todos, que el vecino Manuel Villaseca se deshaga del animal durante esta semana, o que se retire del condominio. Esto no puede seguir pasando. Espero que con esta petición demos por terminado el problema, y que el vecino no espere a que su animal ataque a uno de nuestros niños para hacerse cargo Atte. Juan Pablo Echeñique, casa 5”.

La puerta la abrió la mujer de Juan Pablo. “Manuel, están los niños durmiendo, ven mañana”. Él se quedó parado en la puerta, mirando por encima del hombro de ella durante diez segundos, hasta que la miró a los ojos y le dijo que no se iba a ir. “¿Que es esta mierda?”, le dijo a Juan Pablo cuando este llegó a la puerta; Juan Pablo le respondió que ya se había cansado, que era demasiado y que todos sabían que eso iba a pasar si es que no controlaba a su perro. Discutieron un rato hasta que la mujer de Juan Pablo volvió y les dijo que iban a despertar a los niños, que la pelea se acababa en ese instante. La pareja entró a la casa y cerraron la puerta. “¡No me dejes acá afuera, conchetumadre! ¡Hazte cargo de las hueás que haces, maricón culiao!”.

Manuel había comprado a Velcro un poco antes de que naciera Javiera. Tenía dos meses, así que era ideal para que crecieran juntos, mejores amigos, compañeros. Pero tan solo un mes después de que ella naciera, Manuel y Camila se separaron. Ella le dijo que solo había estado con él todo ese tiempo por costumbre, y que no quería criar a una hija en una casa en la que no se sentía cómoda y en la que no había amor. Él la amaba, la amaba más que cuando le había pedido que se fuera a vivir con él, la amaba más que cuando ella le dijo que estaba embarazada y lloraron juntos en la cocina. Él de felicidad y ella de desesperación. Y así se quedó solo, con su amor por una mujer que ya no lo quería, por su hija que no tenía consigo, y por su perro que había terminado por convertirse en su compañero, su mejor amigo. Y que ahora querían quitarle.

Manuel pasó toda la madrugada del viernes abrazado a Velcro, pensando en su familia rota, relejendo la carta de Juan Pablo, preguntándose si todos los vecinos se sentirían de la misma manera. A la mayoría los conocía desde hace tiempo, antes de que Juan Pablo llegara al condominio, y tenían buena relación. Pero eso era con él, no con su perro. Se preguntó si debería ir casa por casa hablando con ellos, para saber qué pensaban. Quizás nadie estaba de acuerdo con la carta y todo se iba en contra de Juan Pablo. Quizás solo era cosa de que arreglara los pestillos, de que pusiera rejas altas en el patio para que Velcro no pudiese llegar siquiera hasta las puertas de la casa. O quizás todos estaban del otro lado y querían verlo irse o perder a su amigo. Durante un rato estuvo seguro de que todos lo odiaban, y que habían organizado todo esto para deshacerse de él. No había tales cojines de la casa 1, ni cagadas en la casa 5, no había nada más que un odio profundo y negro contra el perro de la casa 3 y su dueño. Con esa idea en mente se

quedó dormido, y soñó con manos y dientes que le quitaban la piel para cubrirlo con pelajes caninos.

Cuando despertó se sorprendió de la ridiculez de todo lo que había pensado. No había un complot contra él, solo una situación que se había salido de control y que tenía que ser arreglada. En el camino a la oficina llamó a Cristóbal, su compañero de colegio que ahora era abogado. “¿Me pueden echar del condominio, o quitarme al Velcro?”. Su amigo le explicó que, sin un reglamento de condominio que prohibiera a los perros afuera de sus casas, no debiesen poder echarlo a él. Pero era bastante factible que logran sacar al Velcro, podía ser un trámite complicado, pero si es que Juan Pablo estaba empeñado en hacerlo, podía lograrlo. “Mira hueón, tienes que hacerte cargo de esta hueá. Arregla tus puertas, pon reja, haz de todo. Sácale foto a todas esas cosas y se las muestras a tus vecinos. Les prometes que nunca más lo van a ver, y puta, que sea verdad pos hueón”.

A Manuel no le gustaba la idea de dejar ganar a Juan Pablo, pero prefería eso a dejar que le quitaran a su perro. Además, ¿era dejarlo ganar?, quizás el poco razonable no era su vecino, sino él, que había dejado durante un año que su mascota se metiera a las casas de otros, que tenía su casa a tan mal traer que no podía siquiera retener a un perro de medio metro de alto. Sintió ganas de disculparse. Pensó en lo que le había gritado la noche anterior y le produjo un espasmo de vergüenza, como los que le daban cuando veía los mensajes que le mandaba borracho a Camila. Logró imaginarse a los ojos de sus vecinos, un tipo violento, irresponsable, dueño de uno de esos perros que salen en las noticias porque se comieron a un niño o mataron a una querida vecina de un barrio pobre. Decidió que era hora de cambiar su imagen. Fue a comprar implementos para

arreglar su casa, aprovechó de comprarle un collar nuevo a Velcro, uno más amigable que la gran tira de cuero negro que tenía ahora, y una cadena larga para sacarlo a caminar. Al llegar a la casa iba a buscar el número de un entrenador de animales.

Pasó directo hacia el living, para sacar todos sus nuevos materiales y comenzar las reparaciones. Fue a buscar el computador a su pieza para ver tutoriales en YouTube, pues nunca había hecho trabajos manuales en realidad. Con todo el apuro por comenzar, no se fijó en que Velcro no había hecho ningún ruido ni se había lanzado contra las puertas de vidrio que daban al patio, como hacía siempre que lo oía llegar. “¿Velcro?”, lo llamo varias veces mientras iba hacia el patio, solo para encontrar la puerta semiabierta y ningún rastro del animal. “Conchesumadre”. Iba a salir corriendo cuando escuchó las patas de su perro rascando la puerta principal desde afuera. Abrió y Velcro entró rápido, encaminándose hacia su plato de agua. Manuel cerró la puerta, pero no alcanzó a alejarse más de tres pasos cuando escuchó la voz de su vecino gritar, mientras golpeaba la puerta como si quisiera tirarla al suelo. “¡Hey! ¿Hueón, qué pasa?”, le dijo Manuel a su vecino mientras abría la puerta confundido. Juan Pablo lo empujó y entró acelerado a la casa, preguntando a gritos en donde estaba el “perro culiado”. Manuel lo tomó del brazo y le dijo que se calmara, que le explicara qué estaba pasando. Sintió el olor ácido a pisco con coca que salía de la boca de su vecino y le preguntó si estaba borracho. “Déjate de hablar hueás y dime dónde está tu animal. Me debes un pedazo de carne de veinte lucas, hueón. Y ese perro culiado se va AHORA de este condominio”.

Manuel trataba de calmarlo, diciéndole que le iba a pagar la carne, que estaba arreglando las puertas, que iba a contratar

un entrenador, pero Juan Pablo no dejaba de gritar. Hasta que Velcro apareció desde la puerta del patio y comenzaron los empujones. “Sal de mi casa, conchetumadre, sal ahora o te juro que te saco la mierda”. “Cagó tu perro culiao. Cagaste tú también, te voy a cagar, hueón, te voy a cagar”. Velcro ladraba nervioso, moviéndose de un lugar a otro, fue cuando Juan Pablo le dio un golpe a Manuel en la cara, soltándose de su agarre. Se acercó al perro para tomarlo del collar, pero antes de llegar a su cuello, Velcro le mordió la muñeca con fuerza.

Manuel intentó ayudarlo, pero entre amenazas y chorros de sangre, Juan Pablo salió rápido por la puerta principal. Velcro seguía nervioso mientras su dueño le lavaba las manchas de sangre del hocico. Manuel no se arriesgó a ir a la casa de su vecino, sobre todo sabiendo en el estado de borrachera en que se encontraba. Así que decidió llamar a su casa para preguntar por la herida. El teléfono lo contestó la mujer de Juan Pablo. “Tienes suerte de que la herida no fuese grave, porque yo misma me hubiese encargado de que te metieran preso. Pero quiero que sepas que ya pusimos una denuncia en carabineros, para que se hagan cargo del animal”. Eso fue todo, ella cortó y Manuel se quedó tirado en el sillón del living, sin poder hacer nada.

Cuando Manuel le contó, Cristóbal sabía que carabineros iba a tener que ir a su casa durante el día siguiente para entregar el parte de la denuncia y evaluar la situación del perro, así que llegó temprano y pasó el día ahí esperando con su amigo. Llevó cosas para almorzar y estuvieron varias horas sentados en la mesa de la cocina conversando sobre todas las posibilidades. Cuando tocaron la puerta, fue Cristóbal quien abrió. “Manuel se encuentra un poco alterado, pero yo soy su abogado. Antes de que hagan cualquier acusación de ningún tipo, queremos aclarar que el vecino que puso la

denuncia entró a esta casa bajo los efectos del alcohol y sin permiso del dueño, quien intentó detenerlo, recibiendo un puñetazo de parte del denunciante”.

La conversación duró un rato, durante el cual uno de los carabineros fue a casa de Juan Pablo a recomendarle que desistiera de la denuncia, pues lo más probable es que le saliera el tiro por la culata, en especial, por haber agredido a Manuel en su propia casa. Así se terminó por resolver el asunto. Los carabineros le dijeron a Cristóbal que si volvían a tener noticias de Velcro, iban a tener que mandar a que se lo llevaran. Manuel le prometió a su amigo que al día siguiente iba a comenzar los arreglos de la casa, que iba a contratar a alguien para que los hiciera bien, porque no había logrado entender mucho los tutoriales que había visto. Le agradeció por todo lo que había hecho y se despidieron con la promesa de una salida invitada por Manuel.

Al día siguiente, cuando despertó, Manuel vio que tenía más de cinco llamadas perdidas de Camila. En el camino al departamento tuvo que parar en una farmacia para comprar un par de remedios para Javiera. Al llegar, Camila, con los ojos rojos de llanto, lo llevó rápido a la pieza de la niña. Manuel le dio una solución en gotas que había comprado, que se suponía debía ayudarla a que se le deshinchara la garganta. “El doctor viene en camino, Cami. Tranquila”. Pasaron el día ahí. El doctor le puso una inyección a Javiera y luego de un rato les dijo que iba a estar todo bien, pero que la próxima vez la llevaran a una clínica. Manuel creía que eso era más lento, pero el doctor le dijo que en esos casos todo se apuraba, “ningún doctor ni enfermera va a dejar a una guagüita así”.

Manuel pasó la noche en el departamento, y en la mañana partió directo a la oficina. Desde ahí llamo a un maestro para que fuera a revisar todas las puertas de la casa

y le hiciera un presupuesto. Ya en la casa notó que Velcro estaba decaído. “¿Me echaste mucho de menos, guatón?”. Pensó que lo mejor sería que, cuando llegara el maestro, él sacara a pasear al perro, para que se relajara y para que el hombre pudiese hacer su trabajo tranquilo.

Luego de mostrarle al maestro todas las puertas y los materiales que había comprado, tomó la cadena y el collar nuevos y se los puso a Velcro. Le costó hacer que el perro caminara. Seguía decaído. Caminaron un par de cuadras, y Manuel se dio cuenta de que no iban a llegar mucho más lejos, el perro estaba claramente enfermo. “Vamos a la casa, a ver si descansando se te pasa”. Cuando iban llegando al condominio, Manuel vio a Juan Pablo estacionando su auto afuera. Sus miradas se cruzaron un par de segundos, pero Manuel se distrajo con el sonido de su perro vomitando. Miró al suelo y vio un pequeño charco de sangre. “¿Velcro?”. El perro lo miró un segundo, tiritando y luego vomitó de nuevo, más sangre, y algo brillante. Entre la sangre Manuel reconoció unos pedazos de vidrio y algunas bolas de lo que parecía ser pan.

En cuestión de segundos Velcro yacía en el suelo, sobre un charco de vómito y sangre, inmóvil. Manuel gritaba, intentando hacerlo reaccionar. Sus ojos estaban llenos de lágrimas cuando levantó la vista y vio que Juan Pablo seguía dentro del auto, mirándolo con los ojos redondos y la cara roja. Manuel volvió a mirar a Velcro, los trozos de vidrio, el pan, la sangre, y otra vez a Juan Pablo. Lo comprendió. Estaba claro.

Tomó la cadena que había comprado hace tan solo dos días, y se acercó dando pasos largos hacia el auto. Con el primer cadenazo trizó el vidrio del copiloto. “¡Concha de tu madre!”. Al tercer golpe se rompió la ventana. Juan Pablo estaba en shock, viendo cómo Manuel metía el brazo para

abrir la puerta por dentro. Pero logró reaccionar y agarrarle la mano para evitar que abriera. Los trozos de vidrio que quedaban en la ventana le cortaron el antebrazo a Manuel, el que con la mano que tenía libre le pegó un cadenazo al parabrisas, haciendo que Juan Pablo se asustara y lo soltara.

Con la puerta ya abierta, se metió y, agarrando a Juan Pablo del pelo y un brazo, lo arrastró hacia la calle. “Perdón, hueón, perdón. No sabía que...”. Juan Pablo lloraba, mirando hacia el cuerpo inerte de Velcro. Manuel sintió pena por su vecino, pero luego volvió a mirar a su perro, al reflejo que se generaba en los vidrios que había expulsado de su estómago, y tomó la cadena por los dos extremos, dejando así un látigo doble de metal. Golpeó a Juan Pablo diecisiete veces. La cabeza se le abrió al golpe número trece. El último grito lo dio al décimo. Manuel había comenzado a sentirse bien en el tercero. La última vez que pensó en su hija fue en el primero. Cristóbal no lo quiso defender. Camila nunca lo fue a ver. La casa se vendió y las puertas siguen malas.

Piel de oveja

Naty Lane

La conocí porque con Jurel la invitamos a tocar en la banda. Se nos había ido la tecladista-corista y necesitábamos una reemplazante. Recuerdo la tarde en que la vi por primera vez: bonita, cara redonda, media pasadita de kilos, vestida muy tradicional, con colores pastel de niñita de mamá. Me gustó su voz, dulce y suave, así como sus ganas de participar en la banda. Se mostraba motivada y entusiasta.

Nos fuimos haciendo cercanas muy rápido. Me empezó a buscar más cuando comenzó a tener problemas con su novio de turno y yo la aconsejaba. Cuando terminaron, Tania se fue a vivir por unos meses a mi departamento, arrendando la pieza más pequeña. Era un espacio rectangular donde cabía una cama de una plaza, un velador y un escritorio. El toque de magia se lo daba la ventana de barco que miraba hacia la calle. No compartimos mucho durante su corta estadía; ella salía casi siempre por las mañanas a desayunar en algún café chori de Valparaíso para luego visitar a sus amigos o a su madre en Viña del Mar. Solo a veces nos encontrábamos por la noche e intercambiábamos alguna conversación de pasillo echando algo de humo.

Tania decidió reconciliarse con su novio y volver a Santiago, a la casa de él. Pero no perdimos el contacto, seguimos viéndonos en las tocatas de Adelaida o cuando terminaba mi trabajo de tallerista, en alguna plaza para fumar y conversar un rato antes de regresar a Valparaíso. Durante un año mantuvimos una relación de amistad estable y linda, madura creía yo. Terminó por segunda y definitiva vez con su novio, por lo que se mudó a Lastarria, a un

departamento pequeño y hermoso ubicado en el corazón del barrio. Meses antes, me había hablado de su idea de cambiarse a un lugar más cool, ya que en su cabeza daba vueltas la obstinada idea de hacer un disco y necesitaba rodearse de gente del mundo del arte. Al mismo tiempo fue trabajando también su cuerpo, su imagen, su discurso y su estrategia para lograr todo lo que su caprichoso ser le exigía para sentirse realizada, exitosa y famosa.

Al finalizar el proceso del disco, se peleó con la persona a cargo de la grabación; la disputa era por derechos de autor. Tania decía que el disco casi completo lo había compuesto, tocado y producido ella, pero él alegaba al menos tener un cuarenta por ciento de la contribución en las mismas áreas. Le salía fuego por los ojos cuando alguien le preguntaba quién le había producido el disco o quién había tocado y grabado los instrumentos. Al pelearse con el productor perdió también a los músicos con quienes armaría la banda para lanzarlo y tocar en vivo. Comenzó a sentirse muy presionada porque nadie quería tocar con ella; nadie tenía el tiempo ni las ganas de adquirir un nuevo compromiso musical, pues, para muchos, Tania era solo una perfecta aparecida dentro de la escena musical santiaguina.

Un día me vino a ver de sorpresa al departamento con una idea muy clara en la cabeza. Empezó a balbucear mientras bebía a pequeños sorbos el té de hierbas con miel y estevia que le había preparado. Dejó el tazón sobre mi escritorio y abrió su pequeña cajita metálica, sacó un moledor, papel, hierba y fuego. Enroló nerviosa, derramando un poco del contenido por los extremos, hasta que me preguntó sin más rodeos si podía apoyarla tocando en su proyecto. Me quedé en silencio algunos segundos. Si bien sabía que me lo pediría en algún momento, dada su desesperación por armar la banda y tocar en vivo, yo tenía sentimientos

encontrados. Por un lado, me atraía la idea de sentir la libertad de tocar sin cantar, además de participar en un proyecto musicalmente distinto al mío, con gente diferente. Pero, por otra parte, no sabía si el tiempo y el dinero me lo permitirían. Para la fortuna de Tania, me encontraba en unas breves vacaciones de Adelaida y disponía de tiempo para trabajar en su proyecto, así que acepté.

Comencé a viajar seguido a Santiago a ver a Tania para guitarrar y sacarle el rollo a los temas en su departamento. Logré sacar los bajos de su disco, algunos muy entretenidos y otros un poco caóticos, mal hechos, poco presentes. La tarea me demandó esfuerzo y dedicación, pero lo logré. En ese tiempo ella estaba dentro de un sello capitalino que poco y nada hacía por su música, por lo que me dispuse a ayudarla y partí por lo básico: hacerle un dossier, una ficha técnica, un stage plot, gestionarle fotos promocionales profesionales, invitar a todos mis contactos de Facebook a su fan page, asesorarla con los pedales para la guitarra, la interface, y le presenté a Juan para que le gestionara la fecha de lanzamiento de su disco en el bar Loreto. También le presenté a Óscar de la banda Club de Surf; al ver que con Tania tuvo buena onda, le pregunté si le gustaría tocar en el proyecto. Él aceptó y, junto con la baterista que nos habían recomendado, nos pusimos en marcha.

Los primeros ensayos fueron un desastre. Entre los ruidosos pedales descontrolados de Tania y la poca claridad de cómo montar su disco en vivo, los avances eran muy lentos. El proyecto cada vez me demandaba más tiempo presencial en Santiago y ya casi vivía en su departamento del barrio Lastarria. Pese a todo, empezamos a disfrutar de una linda amistad y relación de trabajo musical. Nos entendíamos bien y yo me sentía feliz de ayudarla. Salíamos por las noches a tocatas y fiestas, donde siempre entrábamos

gratis y carreteábamos con los más “shuper” de la escena santiaguina.

Ella empezó a perder más y más peso, a preocuparse cada vez más de su look, comparándose siempre conmigo y otras mujeres, tomándose selfis todo el tiempo, posteando todo lo que estábamos haciendo en las redes sociales. Yo intentaba entenderla y no le di gran importancia; pensaba que esas conductas eran reflejo de sus inseguridades en un mundo nuevo y desconocido y que se irían atenuando una vez que ella comenzara a ver resultados positivos en su trabajo.

Una mañana, después de una conversación por Skype con un booking de prensa español que le había conseguido, se desnudó y se metió a la ducha, ya que teníamos que ir a inscribir su disco en la SCD. Salió del baño con una pequeña toalla que apenas la cubría, se paró frente al espejo y la dejó caer para comenzar a ponerse crema por todo el cuerpo. Fue la primera vez que la vi desnuda. Era inevitable mirarla, hermosa y coqueta por naturaleza.

Los días corrían bajo la misma dinámica: viajes Valparaíso-Santiago, conversaciones, grabaciones de videoclips, bailes de a dos y excesiva marihuana en su departamento, mientras la fecha de lanzamiento del disco se acercaba. Tania quería potenciar el aspecto visual del show y se consiguió un proyector enorme con su padrastro. Contrató a un chico que hacía mapping para que le diseñara las proyecciones. Con Óscar comenzamos a gestionar el backline, entre otras cosas para ese día, haciendo malabares para que rindiera el tiempo, que parecía irse como arena entre los dedos. Ella me adoraba y a veces me tomaba la mano al caminar en público, me abrazaba y me agarraba de la cintura, me coqueteaba, y a mí comenzó a gustarme sentir su olor, el calor de su cuerpo, su risa. Un día, cuando

volvía a su departamento tras juntarme con un amigo diseñador para ver los últimos detalles del disco físico, me estaba esperando con un delicioso plato de lentejas y una Coca-Cola Zero. Había comprado alfajores de arroz con chocolate blanco como postre y un Trencito grande.

Cenamos escuchando “Pretty Pimpin” de Kurt Vile, que era nuestra canción favorita y nos tendimos sobre la alfombra a fumar y a comernos los alfajores, relajadas, sintiéndonos conformes con el esfuerzo. Al cabo de un rato, Tania giró hacia mí con naturalidad y me abrazó bostezando, me hizo una caricia en el pelo y, muy lentos, nuestros ojos se encontraron: el castaño de los míos con el negro profundo de los suyos. Me acerqué con suavidad y la besé en los labios. No hubo lengua ni mayor movimiento, fue solo un beso inocente que ella no rechazó. “Te quiero”, me dijo y se apretó contra mi cuerpo. Esa noche nos dormimos abrazadas en la alfombra.

El tiempo transcurrió enredándonos en la locura santiaguina cada vez más veloz, con los días más luminosos que oscuros, más felices que tristes. Entre ensayos y los cafés en Lastarria, la marihuana, la sandía en trocitos y el agua mineral sin gas, el tiempo parecía avanzar envolviendo todo al compás de una danza árabe, desintegrada por el viento tibio de verano. Los fines de semana también comencé a pasarlos en la capital. Quería estar con ella. Salíamos a fiestas taquilla al bar Loreto, al Onaciú o donde fuese. Nos duchábamos juntas sin apuro, masajeándonos el cabello mutuamente, entre besos locos nos peinábamos y nos sobremaquillábamos para luego vestirnos con nuestras mejores pintas compradas en Nostalgic. Nos veíamos hermosas y llamativas, atrayendo las miradas de muchos; a veces nos abrazábamos al bailar o nos dábamos la mano, rara vez un beso. Éramos muy reservadas con las muestras

de afecto, eso lo guardábamos para nuestros momentos a solas antes de dormir o al despertar. Ahí éramos salvajes y apasionadas hembras, y también suaves gatitas melosas. Me gustaba escuchar cómo latía su corazón después de un orgasmo o sentir su respiración suave y agitada en mi nuca. En lo sexual teníamos una gran conexión, a pesar de que ella nunca había estado con una mujer; nos entendimos de inmediato y todo florecía de manera hermosa.

Con la banda ya habíamos tocado en varios lugares de la capital, pero no lo suficiente. Tania no tenía experiencia sobre los escenarios y yo quería que la adquiriera, sentía que le faltaba mucha cancha aún. Estaba encaprichada con tocar en otras ciudades de Chile y me insistía a diario para que lograra cerrar alguna fecha. Un viernes por la tarde volví a Valparaíso, quería ver a mi familia y no hablamos mucho ese fin de semana. El lunes, a las ocho de la mañana, me despertó una llamada suya. Con un toque de histeria al borde del descontrol y un tono nervioso y autoritario, me increpaba por mi lentitud para gestionar fechas, que mejor lo haría ella. Quedé con la respiración en pausa y la conversación se volvió una acalorada discusión. ¿Qué derecho tenía ella a tratarme como a una empleada a quien retan por un trabajo mal hecho?

¿Con qué autoridad me subía la voz y me amenazaba? La situación me hizo sentir muy incómoda, triste, desvalorizada y utilizada. Al final terminó disculpándose y llorando al otro lado del teléfono.

Tras ese incidente la relación perdió fuerza. Tania rodaba videos como loca, se fotografiaba demasiado e iba a castings para actuar en películas de los directores de moda, quienes al final nunca la llamaban. Ansiaba ser famosa y ganar dinero, porque el millón de pesos mensual que su madre le daba no siempre le alcanzaba para su excéntrica y caprichosa vida.

Ella esperaba más con el lanzamiento de su disco, pero la fama que había adquirido no cumplía para nada con sus expectativas y comenzó a desesperarse. Se volvió a cambiar de casa, esta vez a un carísimo lugar en el Barrio Italia, un loft de madera ubicado en el patio de una casona muy linda, rodeada de actrices, con quienes ahora frecuentaba fiestas de gente de la televisión y el jet set capitalino. Usaba ropa transparente que poco dejaba a la imaginación; cualquier micro le servía si se trataba de figurar un poco más. Las diferencias pasaron de musicales a valóricas; no me gustaba cómo trataba a su familia, cómo le gritaba por teléfono a su madre cuando se demoraba en realizarle un depósito o a su hermano cuando no conducía el auto con la suficiente rapidez. No me gustaban sus respuestas cuando yo le aconsejaba que si iba a ser música, fuera eso lo que más resaltara y no su cuerpo, que no fuera más imagen que música. Todo le molestaba, sin importar cuánto amor yo ponía en mis palabras, hasta que dejé de ser escuchada. Sus respuestas eran del tipo “creo que estás envidiosa de mí” o “no me digas cómo tengo que ser”. La gota que rebalsó el vaso fue cuando un día, maquillándonos para salir, me dijo: “Sabes, pienso que yo te he influenciado mucho, antes no te arreglabas tanto, creo que es porque no quieres verte fea a mi lado, como yo soy tan bonita, tienes que maquillarte más”. Un hielo me recorrió la espalda y no dije nada.

Sus llamadas disminuyeron, al igual que el interés por mí, y nunca más hicimos el amor. Comenzó a salir con un músico de sesión al que aprovechaba al máximo. Yo la extrañaba, pero tenía compromisos que cumplir en Valparaíso. Verla dejarse seducir y ceder frente a las banalidades de nuestra sociedad me ponía mal. Cómo se transformaba en un ser vacío, poco empático e intolerante, me confundía y no sabía si alejarme o seguir a su lado.

Durante todo este tiempo, yo había compuesto nuevas canciones para mi banda y quería maquetearlas. Le había pedido a Tania que me ayudara con eso, porque ella tenía una pequeña interfaz de dos canales, suficiente como para grabar por pistas, y habíamos definido una fecha para hacerlo. Tres días antes me llamó para decirme que no podría grabarme, ni en esa fecha ni nunca porque había decidido irse a vivir a Londres, ya que no soportaba más la envidia de la gente por su belleza y estaba demasiado ocupada preparando su viaje y no tenía tiempo para ayudarme, que entre las clases de inglés, de guitarra y las postulaciones a becas no tenía ni un solo minuto para mí. “Te di meses de mi vida para ayudarte con tu proyecto, ¿y tú no tienes una puta tarde para ayudarme a maquetear cuatro miserables canciones?”. “No”, respondió, con voz segura y fuerte. “Ok”, le dije y le corté el teléfono. Ácidas lágrimas corrieron por mis mejillas y mi corazón se rompió en mil pedazos, pero me sentí aliviada. Aliviada de concretar lo que yo ya sabía, pero que quizás me negaba a ver. Lo que mis amigas verdaderas me habían dicho. Lo que desde fuera del bosque se podía ver mejor. Me sentí usada y vislumbré su hermosa cara mezclada con la de una oveja y un lobo.

Esa fue la última vez que escuché su voz. Me deshice de todo lo que me pudiera vincular con ella: libros, ropa y accesorios que había conservado. Me sentía traicionada, aunque sin ánimos de venganza. Me acerqué al balcón para respirar profundo, y en eso noté que una de mis plantas tenía un nuevo brote, débil, pero hermoso. Me aferré a su belleza, me limpié las lágrimas y agradecí a la vida por este adiós.

Un eco del invierno

Felipe Marilao

Yo había comprendido hace muchos años que no hay cosa en el mundo que no sea germen de un infierno posible.

Jorge Luis Borges

Cegado por la luz del amanecer, el hombre miraba desde el puente el triste avance del río. Parecía un mendigo cualquiera, uno de los muchos que pululaban por la ciudad rumiando la pobreza en el mundo, pero en sus ojos había una pena antigua, como un moho que adhería su memoria a un solo momento ineludible. Sus manos apretaban contra el pecho un bulto que se esmeraba en ocultar; sus ojos se perdían en el vaivén del río invernal, como si una magia o un canto oscuro lo embrujasen. Con el corazón prisionero, abandonó aquel puente donde los signos comenzaron a llamarlo.

El miedo lo había llevado a la calle aquella jornada, como tantas otras: con prisa buscaba madera y ladrillos para animar el fuego que alejaba el corazón de su mujer del frío, la lluvia y los recuerdos. La cosecha había sido pobre, pero, de repente, esa noche le regaló un misterio. Aturdido por la mixtura de luces y sombras de las calles, creyó hallar una indescifrable oscuridad sobre la acera de un pasaje. Al principio no pudo ver más que formas extrañas, mas, de pronto, una de ellas apareció ante él como un fantasma. Emocionado, el hombre la guardó en el carro de supermercado que lo acompañaba todas las noches y apresuró el paso con el miedo en su espalda, porque el invierno no se había olvidado de él.

Cuando la encontró, la mujer ignoraba por completo la pobre hoguera que ardía bajo la sombra de un puente y su tajamar. Ante ella el río, cada minuto más torrentoso, la hipnotizaba con su música. Era como si ambos, río y mujer, hablaran un lenguaje distinto, con palabras indescifrables, haciendo de ese idioma algo inasible para el resto del mundo. Al encontrarla envuelta en ese embrujo, el hombre la miró con ternura, pero también con tristeza; la distancia se imponía entre ellos y los separaba desde hacía tanto. Por eso corrió a ella con alegría, creyendo que su regalo la ayudaría a despertar de aquella pesadilla que la ahogaba por tanto tiempo. Quizás ahí, pensó, está la llave para sacarla de este encierro. Tomó el pequeño bulto que había encontrado antes envuelto con delicadeza en el chaleco y se le acercó.

Cuando la mujer lo vio, su primera reacción fue de muda sorpresa; luego, sus ojos encontraron los de su marido, llorando y riendo al mismo tiempo, entre los pliegues del chaleco raído halló la clara imagen de un bebé dormido. Lo encontré al fin, dijo el hombre, y lo traje para que lo cuides. Ella, rebasada de sorpresa y amor, explotó en una súbita risa que se trenzó al llanto feliz que la inundaba toda. Algo se había derretido dentro de ella; la primavera le estalló dentro del pecho. De inmediato dijo que no era sitio para una madre y su hijo, que el niño podría resfriarse bajo ese puente tan húmedo, que había que salir de ahí. Bautizó como Nicolás al niño y, casi como por instinto, repugnó al río y su nostalgia. El hombre tuvo un leve temblor al oírla, pero no dijo palabra alguna. Entonces huyeron, él con el carro y los pocos bienes que tenían; ella, con la felicidad entre los brazos.

Ambos pasaron los días con Nicolás, a veces acostado en el carro que se improvisó como cuna, mas casi siempre era la mujer quien lo tenía en su regazo, mimándolo y

protegiéndole del frío. Cada vez que ella lo mecía, el hombre creía ver sus brazos vacíos, acunando la nada, pero no lograba descifrar el porqué. En raras ocasiones paseaban con su hijo por el parque para que ella le mostrara las fuentes, las plantas y las luces como si le enseñase el mundo, regocijándose en su rostro inmóvil, sin percatarse de las gentes que la ignoraban como si no fuera más que un fantasma sin esperanza. El hombre miraba a los suyos con amor y orgullo, mientras renegaba de los malditos diciéndose que nadie, ni siquiera la verdad, tenía el derecho de robarles la alegría.

Así pasó, para él y para el mundo, la sombra de dos días. A ratos, miraba a su mujer y su niño y creía que aquellos tiempos felices llegaban para colmarlo al fin. A ratos sentía que ya había vivido ese momento, que todo formaba parte de un paisaje repetido, pero la alegría lo nublaba hasta engeguercerlo. A ratos imaginaba un tiempo donde la calle dejaba de ser la casa y la pobreza no era otra cosa que un mal sueño, que Nicolás había vuelto para tranquilidad de sus vidas. Pero también había algo que le apretaba el pecho. ¿Un presagio? ¿Un recuerdo? Un sonido lejano, imprecisable, pero a la vez conocido, crecía para atormentarlo. Pero decía estar bien. A veces su mujer abrazaba al niño y a él con ciega vehemencia, como si le agradeciese el regalo en la profundidad de su caricia. Los recuerdos eran solo una pesadilla vestida de invierno y ya ninguno atendía a su propio miedo, al pavoroso eco de su destino.

La última noche, los signos se presentaron ante él: estaba atareado en la búsqueda de comida cuando de pronto oyó el claro grito de un pájaro; recordó vagamente otro igual de otras mañanas como esa y sintió un temor tan súbito como antiguo. La sombra negra de aquel espectro rasgó el cielo, y cayó en la cuenta de que ya despuntaba el alba. De pronto,

unas leves gotas anunciaron la lluvia. La memoria volvió entonces a una mañana muy distante y, sin embargo, muy clara. El corazón se le detuvo de miedo. Corrió al refugio donde la mujer y el niño lo esperaban, y no encontró otra cosa que una cama vacía. En el corolario de gritos, insultos, preguntas y respuestas incoherentes, la voz imprecisa de un hombre impreciso le dijo que una mujer y su hijo habían salido poco antes, y supo entonces que lo había alcanzado el invierno. Traspasó el frío de aquellas horas con prisa e intuyendo el espanto se precipitó hacia el puente. Hacia ella.

Ahí la encontró, apoyada en la baranda, mirando el río violentado por la lluvia, las manos pálidas y trémulas formando una cuna, embrujada en el rugido del agua feroz. Pero la cuna estaba vacía. El río se había convertido en la herida por donde la ciudad y él se desangraban. El día se aclaró de súbito. Luego comenzó a llover otra vez, y se vio de nuevo sumergido en aquella jornada monstruosa. Frente a él estaba la mujer, pálida y desencajada, los ojos hechizados por el río y su música mortal.

—Rosa, ¿y el niño? ¡¿Dónde está el Nico?! —preguntó él con terror.

Y entonces oyó un susurro que traspasó todos los espacios, suave y, sin embargo, imponente ante todo sonido. La voz cantaba con tristeza el río, el río, y el hombre lo entendió todo. Nublado de odio, se abalanzó hacia ella, hasta que el grito de su mujer cayó por el puente y se fue a ahogar en la locura, aguas abajo. Se derrumbó, y estuvo a punto de buscar el mismo destino hasta que vio la sábana vacía y la pesadilla recommenzó. De nuevo fue el alba quebrándose, de nuevo encontró el rostro de su hijo, sonriente a pesar de la lluvia. De nuevo lo tomó para buscar a Rosa y en ella la felicidad, en aquellos días de frío y tristeza.

¿Cuántos días habían pasado así? ¿Cuántas jornadas y episodios repetidos? Nadie nunca lo supo. Cualquiera que veía a aquel hombre en ese puente, acunando la nada entre sus brazos, miraba a alguien cada vez más viejo y gastado, parado a la misma hora cada tres días, como esperando un signo. No podían saber que en ese puente oxidado, en ese rincón olvidado del tiempo, un hombre vagaba perdido en un pasillo del infierno.

Historia de un danzón por avenida Los Leones

Maite Aravena

No llegamos a ser nada más que buenos amigos. Esta historia comenzó y acabó el mismo día en que nos miramos a los ojos y sin querer decidimos abrazarnos fuerte por un momento, alejándonos de ese frío y concurrido paradero cerca de Bilbao a las doce de la noche. Caminamos hasta ese lugar con un par de cervezas extras en el cuerpo y un poco agitados, como si el corazón se nos fuera a salir por la boca mientras nos rozábamos las manos gracias al vaivén torpe que nos evidenciaba borrachos o medio tontos por estar tan cerca.

Esa tarde, mucho antes de nuestra llegada al paradero, me habló de libros, de sus proyectos en la música y de que le gustaba tomar café. Yo no tenía mucho qué decirle: que tenía un par de textos escritos y algunos sin terminar, que no seguí con la música porque las letras eran más lo mío, que estudiaba para dar otra vez la PSU y que después del preu trabajaba part time como barista en una cafetería. “Qué oportuno”, me dijo después de escuchar eso último, no sé si para coquetear o porque de verdad le parecía oportuno, pero hasta el día de hoy prefiero pensar que fue lo primero. Le sonreí y, para disimular mi nerviosismo, enrolé dos tabacos de uva, uno para él y otro para mí.

Al rato vinieron dos cafés y unas medialunas calientes, después de eso dos, tres, cuatro cervezas o más, no estoy segura. Nunca sentí cómo se nos pasó la hora, mucho menos percibí el instante en que me empecé a embriagar. Pero no, no llegamos a ser nada más que buenos amigos.

Precisamente porque nuestra historia llegó tarde, un año tarde para ser exacta, antes de que tuviera que volverse a vivir al sur y no vernos más. Me quedé con todos los cafés imaginarios que le preparaba los miércoles, con las veces que no logramos vernos después de la pega, con las conversaciones que no tuvimos y con todas las caminatas inexistentes por el Forestal tomados de la mano. Esa noche me quedé con las ganas de otra cita y con la nostalgia de un beso que pudo ser, pero no fue.

—¿Qué micro te sirve? —preguntó sin dejar de abrazarme.

—La 106 hasta Lyon —respondí sin ganas de querer irme todavía—. Ojalá se demore un poco más, no quiero dejar de estar así contigo.

—¿Por qué? ¿Tienes frío?

—Sí, un poco.

—Para la otra tendrás que traer una chaqueta o algo así para abrigarte... Tengo un chaleco en la mochila —dijo y, después de una media sonrisa, me abrazó fuerte por la cintura, como no queriendo soltarse. Era el momento, pero no me atreví. Pensé que quizás sería demasiado rápido si le daba un beso, que debía esperar otra cita y lanzarme. ¡Pero no me atreví, hueón, no me atreví!

Diez minutos más tarde vimos que venía la micro, toda la gente en ese paradero tomaba la 106 porque era la única que llegaba hasta Lyon. Mientras el resto subía, me despedí de él acariciando su mejilla, mareada todavía por las cervezas o por su abrazo largo o por ambas cosas. Al momento de subirme, lo miré por la ventana: seguía ahí para responder a mi mirada con dulzura desde el otro lado del bus. Recuerdo que encontré un asiento vacío y que después de sentarme, de inmediato puse la playlist de Gustavo Dudamel —que todavía tengo en Spotify— y la melodía cadenciosa del

“Danzón n°2” de Arturo Márquez comenzó a sonar. Me relajé y al ritmo del seis octavos comencé a bailar con todos los detalles de esa noche aún en mi cabeza.

Me sabía la partitura de memoria: los staccato con fuoco, los compases in crescendo y decrescendo, los arcos ligados, los forte y el *più mosso* del compás doscientos veinte en adelante. Nunca toqué esa obra, ojalá lo hubiera hecho, pero me la sabía porque era mi favorita de los nueve danzones. Me fui todo el camino escuchándola, acompañada un poco de la elegante audacia del ritmo mexicano y del calor de sus manos suaves que aún podía sentir sobre mi cintura.

Llegué a mi casa como a las dos de la mañana, todavía un poco mareada, todavía con un poco de él. Pensé en el momento, en el instante, en el segundo exacto de ese beso que no le di y que dejé pendiente para otra vez. De haber sabido en ese entonces que no lo vería más, no me habría importado quedar como una loca impulsiva que da besos en la primera cita.

Días después me contó que viajaría al sur para un concierto y que volvería quizás en dos semanas.

—¿Quizás? —pregunté, un poco confundida por el significado de esa palabra en la oración que me escribía.

—Encontré pega como profe de música en un colegio de Valdivia. Aquí en Santiago no me llamaron nunca y las posibilidades de entrar a la orquesta del Municipal son todavía muy lejanas: salí segundo en la audición para contrabajistas, me avisaron hoy —dijo. No supe qué escribirle. Hice y deshice varias veces el mismo mensaje, variando un poco en las palabras que al final terminaban en lo mismo: “Porfa, no te vayas”. Pero le dije otra cosa, obvio. Le dije que ante esa posibilidad de pega era mejor que se quedara allá, que Santiago no siempre es el futuro y que la Municipal no merecía a un contrabajista tan bueno como él, que al final, ellos se lo perdían.

—Gracias, estoy seguro de que tú también lograrás muchas cosas, nunca te olvides de que siempre tendrás un lector en mí. Te mando un abrazo y cuídate mucho.

Después de ese mensaje pasaron meses en donde hablábamos de vez en cuando para saber cómo estábamos o para respondernos historias absurdas que subíamos a Instagram, un poco para hacernos saber también que todavía estábamos ahí, tristes por la distancia que nos separaba, pero ahí.

De a poco, esos “de vez en cuando”, comenzaron a espaciarse más hasta ya no hablarnos ni respondernos nada, porque supongo que entendimos que nuestra historia había sido solo esa noche cerca de Bilbao, que por más que quisiéramos retroceder el tiempo para lograr que las cosas se nos dieran bien, no sería igual y que de todas formas ya estaba siendo mejor así, él allá y yo aquí. No nos hemos dejado de seguir por redes sociales y yo tampoco he dejado de escuchar el “Danzón n°2”, que Arturo Márquez le dedicó a su esposa en 1994, con menos repeticiones que antes, eso sí. Con los años las bandas sonoras cambian y los corazones lo hacen al ritmo de ellas también.

Aclaración

Alejandro Stephens

Un domingo en la mañana por lo general es un mal momento para recibir una llamada telefónica, pero es el mejor horario para caminar por Huérfanos sin el gentío abrumador que satura el centro de Santiago a diario.

—¿Te desperté? —me preguntas.

—No, salí temprano. Estoy en la calle ahora. ¿Cómo estás? ¿Pasó algo?

Al doblar por San Antonio ya me habías contado una historia que conozco bien, aunque nunca he sido partícipe de ella. Me pregunto si aún no te das cuenta de que cada tres o cuatro meses me llamas para contarme exactamente lo mismo, solo cambian un par de nombres y lugares, pero siempre te emocionas como si nunca hubiese pasado algo similar.

Bajo al Metro para cargar la Bip! y subir a un vagón donde los pocos ocupantes tienen aspecto de haber dormido menos de lo recomendable.

Sé cuánto te gusta el chocolate, así que compro tres en ese supermercado gigante que está camino a tu casa. Me como uno mientras camino, haciéndome la idea de, ojalá, no interrumpir ninguno de tus rituales al llegar a tu casa.

—Gracias por venir —me dices.

—No hay nada que agradecer, para eso son los amigos.

—Sé que es temprano, pero no sabía a quién más llamar. Lo de anoche fue... Disculpa, ni siquiera te he ofrecido un té.

—Un café, por favor. Recuerda que es domingo y aún no es el mediodía.

—Pero ¿qué te dijo el médico acerca del café?

—No le he comentado nada sobre ti, así que no sé por qué él podría criticar tu café...

Es increíble como una mala broma siempre te hace sonreír.

Te entrego los chocolates, te quedas en silencio un par de segundos y me agradeces mientras vas a la cocina.

Sé que te demorarás algunos minutos.

Primero, llenar el hervidor con agua; luego, tratar de no llorar, encender el hervidor, colocar tus manos en tus ojos, buscar el café, llorar en silencio mientras preparas un par de tazas, comer un trozo de chocolate, secar tus ojos y llevar la bandeja a la mesa; mientras en la televisión pasan una de esas series de dibujos animados actuales que soy incapaz de comprender o disfrutar.

—¿Por qué una persona tan racional como tú, insiste en cometer el mismo error una y otra vez? —te pregunto.

Tu mirada demuestra la misma sorpresa que yo siento.

Mi rol era escucharte en forma comprensiva, respetar tus pausas. No arrojar una piedra en la vitrina de tus emociones. Ambos sabemos que hay preguntas que es mejor no hacer, más aun cuando sabemos perfectamente las respuestas. Respuestas que no son las que quisiéramos escuchar.

Pero ya no puedo esconder la mano.

No puedo comentar que no ha llovido a pesar de los pronósticos, ni nada parecido. Debo hacerme responsable de mis palabras, por lo menos esta vez.

—No has dicho nada que no haya escuchado antes, y cada frase es solo una repetición innecesaria de algo que ya has planteado. No sé quién será tu guionista, pero esto hace bastante rato que dejó de ser divertido. No es una buena comedia, es más, es bastante lamentable el giro que dio,

aunque mentiría si dijera que alguna vez creí en realidad que tendría un final feliz.

Tu silencio dice mucho más que cualquier frase cliché para negar lo que estoy planteando.

Solo me queda seguir.

—Alguna vez me dijiste que querías que no te mintiera. Y eso es muy distinto a ser honesto. Durante mucho tiempo solo omití decir algo, solo porque no quería lastimarte y, al callar, evitaba mentir.

Siempre hay buenos motivos para no querer escuchar lo que nos puede dañar. Algunos llamarían a eso “excusas”. Al final, son los mismos motivos que tenemos para no hacer lo que consideramos correcto.

El café queda servido en la mesa.

Opto por caminar por la calle Recoleta, recién son las doce del día y es un sector que conozco bien. Al pasar frente al cementerio, entro a descansar un poco, me parece un lugar bastante tranquilo.

Siempre ha sido más fácil escribir en una pared que decir las cosas a la cara. Además, en la pared solo basta con poner un eslogan que sirva para que el lector casual mire y pueda olvidar a los pocos minutos, más preocupado de su celular que del auto que no respetó la luz roja y lo atropellará.

Luego de un rato, la idea de cruzar al Quitapenas no es tan mala, recién es la una y media, es cierto, pero ya deben ser las cinco de la tarde en alguna otra parte.

No, es mejor no entrar, no quiero llamarte después de unas jarras de vino para pedir disculpas por lo dicho en la mañana. Sé que no dije nada falso, y no considero que uno deba arrepentirse por decir lo que se piensa.

Supongo que pasará un buen tiempo antes de volver a recibir una llamada tuya.

Se apagó

María José Encina

Era una noche calurosa de verano. Santa Cruz es mucho más caluroso que Santiago en esa época del año. Nos habíamos reunido en esa casa con lo mucho que nos costaba, pero era nuestro único punto de encuentro posible. Hay muchas cosas que con el paso del tiempo se han difuminado, pero hay otras que recuerdo con una exactitud mucho más grande de lo que me gustaría.

A veces fumaba. Lo vi fumar en escasas ocasiones y todas esas veces le puse muchísima atención. No tanto en la forma en que tomaba el cigarrillo. Me fijaba más bien en la forma en que se consumía. La marca que fumaba y el lugar en dónde los guardaba en la camioneta.

Siempre lo encontré muy varonil. Tenía una forma característica de acomodarse el pelo hacia atrás, con ambas manos. Una por cada costado de la cabeza. Y sus mechones medio crespos quedaban pegados a su casco y hacían ondas en un desorden armónico. Muchas veces este gesto precedía un discurso ceremonioso sobre diversos temas que hablaba con una agresividad contenida. Una agresividad que tenía un punto de ebullición rápido.

Nunca necesitó provocaciones para estallar. Lo hacía ante mínimos sucesos en los cuales yo permanecía muda. Inmóvil. Petrificada. Y contenía las lágrimas para un momento a solas en que pudiese desahogarse en una calma relativa. Antes de que me fueran a buscar al baño porque me estaba demorando mucho.

Hace un buen tiempo que veníamos hablando del tema. Creo que ignoraba por completo que yo asistía desde

pequeña a una academia de teatro. Y, por supuesto, ignoraba mucho más mi pasión al respecto. Y lo bien que actuaba. Pese a eso, no creo que hubiese sido un punto gravitante o que lo hubiese tomado muy en cuenta, dada su forma de ver las cosas.

Estaba absolutamente determinado en hacerme cambiar de opinión. Le parecía un chiste y una locura que yo estuviese siquiera pensando en estudiar una salvajada como esa.

Mi papá es de aquellas personas que mastican las conversaciones y se toman su tiempo. Por eso, cuando hablas con él, la primera o segunda vez sobre un tema, nunca es tan radical. Tira comentarios de soslayo y se dedica a hacer preguntas. Pero luego se retira a sus cuarteles de invierno y arremete con una conversación que no deja títere con cabeza. Es ahí cuando te da el tiro de gracia.

No fue la primera noche ni la segunda, ya que esas noches estaba en su proceso de masticar. Puede que haya sido la cuarta. Antes de que fuera a acostarme en mi catre de campaña montado en la pieza de mis abuelos, me llamó para conversar. No sé por qué, pero estábamos a oscuras en el corredor. Lo cual daba un aire tétrico a lo que ya de por sí se anticipaba tétrico. Encendió un cigarrillo y lo depositó en una concha de loco que estaba sobre la mesa de la terraza.

No hubo muchos rodeos. Me dijo simplemente que yo era fea. Que el lugar dónde se gana plata si estudias teatro es la televisión y ahí solo están las chicas bonitas. Así que si estudiaba eso me iban a dar los papeles secundarios. Los papeles de la nana. Puros papeles pencas. Sin notoriedad. Porque las feas quedan relegadas siempre a segundo plano. Todo esto lo dijo desde una enorme calma, pero a la vez dictando un juicio definitivo e implacable. Una sentencia de muerte. Acariciando su cabello y ordenándolo hacia atrás,

fumando. El desdén se podía oler a un kilómetro. Y no había cómplices de la barbarie. Solo él y yo.

No le dije nada. Solo recuerdo muy claro lo que sentí. Fue como si un puñal helado me atravesara el corazón. No pude sentir pena. No pude sentir rabia. No pude sentir nada. Estaba plana. Sin emoción alguna aparente.

Atrás habían quedado los discursos suaves. Los discursos transitorios que decían que era una carrera de comunistas o que me iba a cagar de hambre. Ahora había ido más lejos. Algo más despiadado, pero efectivo. Este discurso carnicero seguro no le podría fallar.

La conversación terminó y yo creo que él se quedó convencido de que le había ido muy bien. De que, sin duda alguna, me entregó el mensaje con claridad. Y eso era lo que importaba. Del resto del periodo de vacaciones no recuerdo más.

Lo posterior fue un efecto dominó que no entendí hasta trece años después. Fue como una enredadera silenciosa que empezó a consumirme. Sin aviso y con mucha rapidez. Me había tarjado. Y la secuela se hizo carne sin que yo pudiese hacer nada.

Y ya en Santiago, la situación comenzó a manifestarse como una fúnebre advertencia. Se me subían los colores a la cara cuando tenía que disertar frente a mi curso de colegio, ese colegio en Ñuñoa que ya no existe. Algo inimaginable para mí antes. En las obras de teatro empecé a quedarme por fuera. Participaba, pero escribía los parlamentos. Ya no me subía al escenario. Empecé a desconocerme. Pero estaba del todo inconsciente del proceso que estaba tomando lugar dentro de mí. Boté el teatro de mi vida sin darme cuenta. Lo estrangulé. Me definí como una adolescente sin territorio y me quedé sin suelo. Y me transformé en paria. Pasé a estar en una eterna búsqueda de un futuro

que nunca llegó. Me aborté. Los primeros años no extrañé tanto la pasión que había perdido porque había nacido con ella y pensaba que siempre seguiría ahí. Pero con el paso del tiempo empecé a notar su ausencia y fue ahí cuando me encontré por completo desierta. Vaciada.

Descubrí que lo que hizo fue meter una gran mano y deshabitarme. Me desaguó. Sabía dónde apagarme y me apagó. Como a una muñeca que estorba y hace mucho ruido. Me dejó sola. Se llevó todo de mí.

Pensé que sería definitivo. Estaba deshilachada y no había forma de volver a coserme. De alguna manera aprendí a convivir con un yo fragmentado. Caminaba por la calle con puros pedazos sueltos. Y lo naturalicé.

Pero fue un instante. Un solo instante en que me vi otra vez. Era la canción de *Flashdance*, la película. Teníamos que bailar. Un grupo de cinco chicas más y yo. Y se apoderó de mí. Me subió súper visceral, súper palpitante. Y lo saqué todo. Devolví todo lo que me había tragado. Lo entregué. El asunto no era bailar. Era estar en el escenario otra vez. Serlo. Y lo fui. Era mío otra vez.

No sé si en esta historia hay lecciones. Solo sé que se puede aprender a desaprender. Y encontrar un espejo para volver a mirarte a la cara. Y no será como un abrazo de año nuevo ni como un apretón de manos. Será una estampida que aflora hasta la garganta. Algo que sube a chorros. Es la conmoción de recuperar lo perdido. Y te estiras para recibir lo enorme que es estar de vuelta. Volver a pisar firme en un suelo que no se deshaga. Te conviertes en un perdido encontrado. Y eso te hace caminar con tu cicatriz expuesta, orgulloso, y sin vacilar. Porque cuando te has perdido ya no se teme a nada más que volverte a perder, y eso, por fortuna, solo depende ti. Y, a veces, pronunciar las palabras que son como un mantra: “Ya no, papá. No más”.

Santiago en 10 pavadas

Franklin Manrique

407

Lo inolvidable de salir despedido por el vidrio de emergencia de aquella micro no fue acabar sin un rasguño u oler el ajeteo de un montón de seres enlatados en hora punta. Lo más fuerte fue quitar tan tranquilamente esa T de plástico rojo envolviendo el martillito metálico; imaginarse de repente con ocho patas y parir de un golpe una universal, irrepetible, eléctrica, telaraña de vidrio. Y claro, usar esa ventana sin la menor emergencia de por medio.

Telúricas

Mientras tiembla en aquel piso veintiuno pasada la medianoche, lo primero que piensa es en el porvenir de sus pertenencias, que tiritan en el living como si el depa entero tuviera hipotermia. A lo lejos rechinan los ascensores columpiándose contra el metal. Arrecia. Su pareja lo llama asustada desde el dormitorio. Mientras la acompaña se le escapa un inercial Dios mío de la boca, y un triste cariño por la vida le muerde los dedos, se aferra a él con la misma fuerza con la que sujeta su tele de muchas pulgadas. Menos fuerte. Menos. Calma. Cesa el rugido y las lámparas en el techo dejan de patalear. Se imagina a sí mismo repitiendo la pregunta estúpida de mañana en la oficina.

Maracuyá

Tras apilar un cerro de timbres y fotocopias para solicitar una visa permanente, releyó en voz alta su carta de intención a Extranjería:

“Me quiero quedar porque aquí hacen asados por cualquier cosa y el Mapocho es igual de feo que el río Bogotá. Porque en invierno me gustan los puchos mirando la nieve de la cordillera y hasta el vino en cartón es sabroso. Ojalá me dejen quedar porque ya no me pierdo en el Metro y entiendo cuando la gente dice catch eye, pasar piola y pololear”.

Tras entregar el sobre se dio una vuelta por el Museo Postal, y se sentó a esperar los treinta días hábiles con un jugo de maracuyá en la calle San Antonio.

Inmigraniada

De tanto escuchar a su primo diciendo “parce, allá es donde están las lucas”, se encerró doce días en un bus sin saber si aquello era migrar o inmigrar. Encontró trabajo en un bar de Bellavista y ahora sabe lo que significa carretear. Hizo reír a un vendedor de completos por pedirle un perro caliente en el Portal Fernández Concha. A veces bromea con sus compañeros diciendo que aquí se roban las eses al hablar, y que no entiende por qué dicen que su acento es cantadito. Le cuenta por Skype a su hijo, Santiago, “ahora vivo en Santiago”. Al otro lado el niño tuerce las cejas. Se pierde de vista de la pantalla.

El día de los pies

Insistí con el botón uno del ascensor como si así fuera a llegar más rápido, mirando con odio la mancha de palta en mi camisa

recién planchada. Ese día la máxima era de veintinueve grados, pero los ceños fruncidos en la calle no eran por el calor ni la hora punta. “Hoy hay excusa pa’ cualquiera”, dijo risueño un oficinista en la fila, mientras las veredas de la Alameda se iban convirtiendo en un río de zapatos por un Metro colapsado. Daba igual tener cargada o no la Bip! Fue la mañana en que todos y todas caminamos.

Silabario hispanoamericano

Allá llegaron hasta cuartos de final. Aquí fue palo de Pinilla. Allá montaba en buseta pero acá voy en la micro. Acá como plateada; allá servían sobrebarriga. Acá hubo dictadura cuando allí hay conflicto armado. Aquí conocí flaites y cuicos que allá son ñeros y gomelos. Allá hay tombos que aquí son pacos, y se farrea cuando aquí se carretea. Allá hay veinte de julio. Acá es el dieciocho. Allá también hay marchas y gente indignada. Acá le dicen fome a las cosas que allá son paila. Aquí tengo pega, allá tuve camello. Allá le dicen esperanza. Aquí le dicen igual.

Santas ofertas

Me enteré ya tarde que la escafandra a la venta en el persa Biobío, una Mark V de doce pernos ensamblada en mil novecientos treinta y nueve, incluía una parcela con playa para practicar las inmersiones.

Humos

Naufragar en medio de una ya desabrida cerveza. Recordar el artículo 10 de la nueva ley: “Se prohíbe fumar en pubs, restaurantes, discotecas y casinos”. Contemplar las fotos y avisos impresos en su cajetilla: Necrótica pierna derecha por

un lado. Una flácida colilla sugiriendo impotencia sexual en el reverso. “Cuando tú fumas, todos mueren”, reza en letras blancas. Asentir mentalmente y pensar que sí, que los puchos son los que primero fallecen; acaso y son ellos los que nos fuman a nosotros. Que la vida es como un cigarro y por eso hay que fumárselo hasta el final. Poner la cajetilla sobre la mesa. Anhelar el absurdo en que una chica pide uno para poder charlar el resto de la noche hasta irse mareados a una cama. Sacar uno. El ruidito del encendedor. Abrigar la llama. Encenderlo. Pitazo profundo y humo por la nariz. Preguntarse si alguien habrá dejado de fumar tras ver esas fotos. Pensar en cómo hará para seguir bebiendo solo y sin humos después del primero de marzo, cuando empiece a regir el decreto.

Buenas costumbres

Con genuina cordialidad el hombre se niega a ceder el asiento a la anciana en el Metro Franklin, señalando la silla preferencial ocupada por una joven abducida por su propio celular. Un bolso imitación Cartier le increpa el gesto. Una barba de tres días sujeta con fuerza su mochila. Se multiplica el reclamo y una pelirroja iPhone 6 lo toma del brazo, mientras dos jumperes escoceses optan por verificar su documentación. La solidaridad prolifera por el vagón hasta volver jirones su chaqueta, rasurarle una ceja, deshojar el libro de Rulfo que llevaba en la mano y reducirlo en clásico boca abajo con brazo en L. En Metro los Héroes la señora da las gracias. Se sienta despacio y toma su lugar.

Deportes

De la Blondie llegamos perfectamente ebrios al departamento. Sin preguntas. Tribales desabridos tatuados en sus hombros.

Días después íbamos al cine Hoyts en su flamante Ford vino tinto. Ni Sean Penn evitó que contestara su celular al final de *Un lugar donde quedarse*. En un pub de plaza Ñuñoa pregunté por su perfume. “212”, me dice. “Son engaños amables”, respondí copiando la frase de un libro. Habló del acústico de The Cure, los linfomas de su padre y el miedo de los hombres a las mujeres exitosas. Tras esa noche sencillamente se e-vapo-ró. Como deporte, de vez en cuando marco su número. Con curiosidad y algo de miseria. Aún timbra. Solo timbra.

Reseñas biográficas

Valentina González (Santiago, 1995). Es periodista. Ha trabajado en varios medios de prensa escrita. En la actualidad es editora de libros infantiles y juveniles. Algún día espera volver a cambiarse de vereda y escribir un libro.

Francisco Schilling (Santiago, 1983). Es escritor, editor e ilustrador; Magíster en Literatura de la Universidad de Chile y candidato a Doctor en Literatura en la misma casa de estudios. Es parte del equipo de editorial Abducción y de la librería Casa fantasma. Ha publicado la novela *Los héroes* (Ediciones B, 2015), y el relato “La oscuridad fundamental” (Ediciones B, 2016).

Siena Hidalgo (Santiago, 1995). Es técnica en sonido de AIEP, se está especializando en producción musical, composición y arreglos junto a CHT Lab, además de cursar un diplomado en sonido junto a ellos. Ha participado en distintos talleres literarios, con Marcelo Simonetti, María José Viera-Gallo y, actualmente, con Rafael Gumucio.

Emilio Ramón (Santiago, 1984). Es profesor de Castellano, Magíster en Literatura, músico, escritor y editor. Es autor del libro de relatos *Noches en la ciudad* (Santiago-Ander, 2017; Piloto de Tormenta, Buenos Aires, 2019) y de la novela *Labios Ardientes* (La Polla Literaria, 2014; Santiago-Ander, 2016). Ha sido parte de diversas antologías y escribe una columna sobre música llamada “Días de garage & rock and roll” en el medio web Crónica Sonora.

Nina Bendalliene (Santiago, 1991). Participó en las exposiciones “Joan Miró: La fuerza de la materia”, “Yayoi Kusama: Obsesión infinita” e “Iván Navarro: Una guerra silenciosa e imposible”, como guía y monitora de taller. Ha publicado en revistas y fanzines. Premiada en el IX Concurso de Cuentos Teresa Hamel, 2019, de la SECH.

Francisco García Mendoza (Santiago, 1989). Es Profesor de Estado en Castellano y Magíster en Literatura por la Universidad de Santiago de Chile. Autor de las novelas *Morir de amor* (2012) y *A ti siempre te gustaron las niñas* (2016), ambas con la editorial Librosdementira. Publica su primer libro de cuentos *Grita que nadie te escucha* con Santiago-Ander (2020). Actualmente cursa el programa de Doctorado en Literatura en la Universidad Católica de Chile.

Paulina Correa (Santiago, 1965). Gestora cultural, egresada de Artes de la Universidad de Chile, escritora. Se dedica principalmente a la narrativa, aunque también ha hecho poesía y teatro. Formada por Pía Barros y Camilo Marks. Escribió una obra de teatro, *Princesa una historia de sangre para niñas tristes*, sobre femicidio, montada en el teatro el Puente en una temporada. Entre los años 2014 a 2020 organiza actividades literarias bajo el alero de la Sociedad de Escritores de Chile. Sus libros publicados son de cuentos: *Signo de los tiempos*, *Gente en tránsito*, *Historias de hombres demasiado comunes*, *Historias de locura urbana*, *Cuentos para familias normales*, *Cuentos incorrectos* y el libro de poesía *Viaje marítimo para dos*.

Rodrigo Torres Quezada (Santiago, 1984). Licenciado en Historia de la Universidad de Chile. Ha publicado *Antecesor* (Librosdementira, 2014), *El sello del Pudú* (Aguja Literaria, 2016), *Nueva narrativa nueva* (Santiago-Ander, 2018) y *Filosofía*

Disney (Librosdementira, 2018). También ha publicado la trilogía de cuentos *Podredumbre* (La Maceta Ediciones, 2018).

Vanessa Parada (Valdivia, 1986). Es Docente de Lengua y Literatura, egresada de la Universidad Austral de Chile. Obtuvo el segundo lugar del Concurso Los Ríos en 200 Palabras. En el año 2011 llevó a cabo un taller de relato breve para adultos mayores en la sede valdiviana de la Universidad San Sebastián. Publicó un poemario titulado *Trama Celeste* con Opalina Cartonera Editorial. Luego de residir en Santiago y ser asistente de biblioteca, ha regresado a la ciudad de Valdivia.

Alejandro Rozas (Santiago, 1977). Publicista. En el año 2006 participa del colectivo poético Mal de Ojo. Autor de la novela *El otoño de las ansias* (Los Perros Románticos, 2017). En el año 2018 es incluido en la antología *Todo se derrumbó. Relatos sobre el desastre* (Santiago-Ander). En el año 2019 gana el Fondo del Libro con la obra “Adiós y gracias por la carne”.

Francisca Jeria Saavedra (Viña del Mar, 1984). Es bibliotecóloga y editora en La Maceta Ediciones. Artista del collage bajo el nombre Franllage.

Martín Sepúlveda (Santiago, 1993). Guionista y profesor. Fundador y editor de *Fanzinombre* y Marmota Ediciones.

Naty Lane (Quilpué, 1985). Ha sido música en bandas como Fatiga de Material, Álvaro Peña, Platillo Volador, en su proyecto personal Hammuravi, y actualmente en Adelaida. Ha realizado varias giras por Chile y el extranjero, presentándose en festivales como Primavera Sound, Strummer of Love, Indie Week y Bananada, entre otros. Como escritora publicó en 2016 su primer libro de cuentos, poemas e ilustraciones

Solo sueño los domingos. En el año 2019 publica su libro *Primavera salvaje. Relatos íntimos de Naty Lane* (Santiago-Ander). También tiene estudios en psicopedagogía, dibujo y fotografía. En la actualidad reside en Valparaíso.

Felipe Marilao (Santiago, 1982). Escritor, cuentacuentos y editor independiente. Lleva un espectáculo propio de cuentacuentos en línea llamado “Tenemos las noches contadas” y colabora como cuentacuentos con el colectivo La Maleta Cuentera. Prepara su primer título para 2021.

Maite Aravena (El Salvador, Atacama, 1993). Fue música concertista y actualmente cursa Licenciatura en Lengua y Literatura en la Universidad Academia de Humanismo Cristiano, y se desempeña como barista en una cafetería. Comenzó a escribir ficción a los trece años y esta es su primera publicación formal en una antología.

Alejandro Stephens (Santiago, 1977). Su ocupación es ser un punk con un trabajo del cual prefiere no hablar. Participó en la antología *Sube la radio. Los discos que nos volaron la cabeza* (Santiago-Ander, 2017).

María José Encina (Santa Cruz, 1987). Creció en Santiago. Treintañera, soñadora, mamá, outsider, ceramista, escritora desde la infancia, artista autodidacta y actriz frustrada. Forma parte del equipo de editorial la Secta.

Franklin Manrique (Bogotá, Colombia, 1985). Guitarrista de la banda de metal Defragment. Docente de química y formador de profesores y profesoras de ciencias. Entre sus publicaciones está la crónica “Cuestión de Química: De los Andes a la Pedagógica” (en el marco de la convocatoria

La Ciudad Jamás Contada del diario *El Tiempo*. Bogotá. Colombia, 2007). Obtuvo el segundo lugar del V Concurso Literario Bonaventuriano de Cuento de la Universidad San Buenaventura de Cali (2009). Desde hace varios años vive en Chile.

OTROS TÍTULOS
Santiago-Ander Editorial

Colección de Mural

Grita que nadie te escucha - Francisco García Mendoza

Primavera salvaje - Naty Lane

Voces subterráneas. Antología de relatos punk & underground -

Varios Autores

Todo se derrumbó. Relatos sobre el desastre - Varios Autores

Noches en la ciudad - Emilio Ramón

Nueva narrativa nueva - Rodrigo Torres Quezada

Los tr3s mun2 de Sant1ago - Aldo Torres Baeza

Colección de Baúl

Gatos del terror - Varios Autores

Antología de la locura - Varios Autores

Colección de Atril

Latinoamérica es grande. La ruta internacional de Los Prisioneros -

Cristóbal González Lorca

Joy Division. El fuego helado - Marcos Gendre

El peor libro de Chile - Pogo

Rock paria y lo que en él se dice - Francisco Mallea

Sube la radio. Los discos que nos volaron la cabeza - Varios Autores

Colección de Cordel

Innominatrix - Pol Varela
Pánico y locura en Santiago - Varios Autores
Cimarrona - Maritza Pikunta Gutiérrez
Sísifo - Bernarda Ihnen

Puntos de venta:

Venta online y despacho a domicilio
<https://santiagoander.wordpress.com/puntos-de-venta>



SANTIAGO-ANDER EDITORIAL
2020